

BIBLIOTECA MUNICIPAL
MADRID

PINOCHO

Semanario infantil que publica los domingos la EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. :: Administración, cierre y talleres: *San Sebastián*. :: Administración, correspondencia y suscripciones: *Madrid*, calle de Valencia, 28. Apartado 447. :: Suscripción: España, Portugal y América, año 20 pesetas. Otros países, año 30 pesetas.

40 céntimos.

AÑO I.—NÚMERO 39

15 Noviembre 1925



¿EN QUÉ PIENSA PINOCHO,

¿RESUELVE ALGÚN PROBLE-

¿QUIERE ENCONTRAR EL

¿EN QUÉ PIENSA PINOCHO

¿QUÉ ES LO QUE RESUELVE

TU NO TE PREOCUPES, PRONTO

EL DE IDEAS GENIALES?

MA DE PALABRAS CRUZADAS?

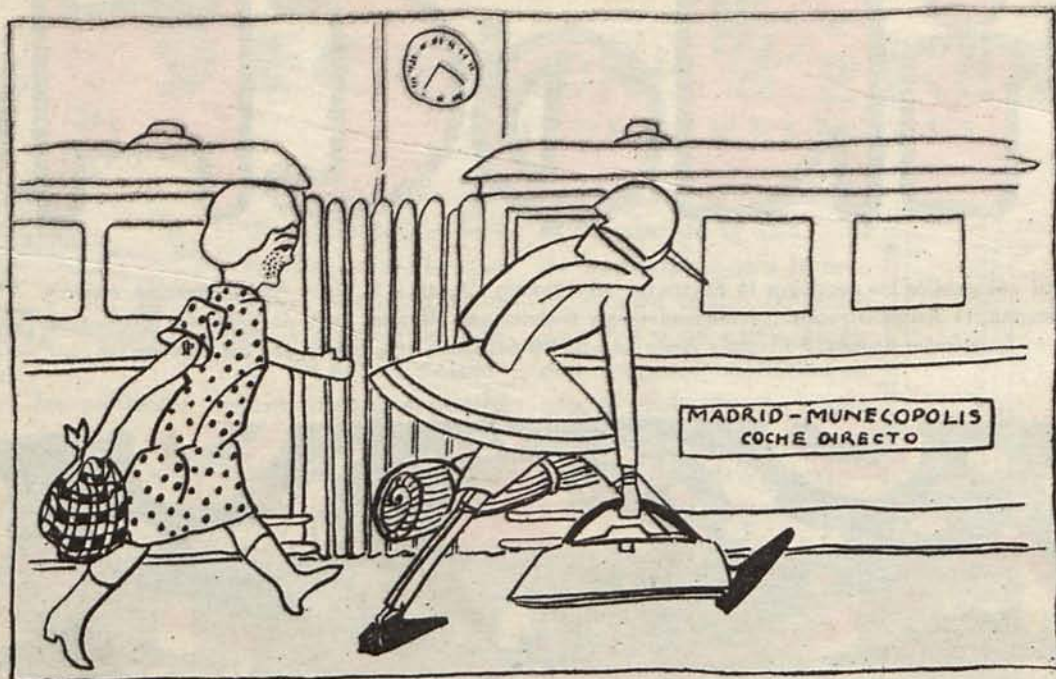
MODOS DE GANAR DOS REALES?

CON TAN TERRIBLE ARDOR?

CON TANTO FERVOR?

HAS DE SABERLO, QUERIDO LECTOR.

CONCURSO DE COLORIDO



VÉANSE LAS CONDICIONES GENERALES DE LOS CONCURSOS
PUBLICADAS EN OTRO LUGAR DE ESTE NÚMERO

CURiosIDADES

MONADAS

Ya sabréis todos, queridos lectorcitos, que el mono es el animal más parecido al hombre, y que los monos y los hombres pertenecen a una misma escala zoológica, la de los bimanos, dividida en esos dos grupos: la humana y la simia. Los más semejantes al hombre, de entre las muchas especies de monos que existen, son: el orangután, oriundo del Asia, y el chimpancé, que habita en el Africa.

Comparando el cuerpo del hombre con el del mono, se advierten en seguida tres grandes puntos de diferencia: la existencia del rabo, la gran longitud de brazos, que en algunos monos es casi el doble que las piernas, y la flexibilidad de los pies, que los monos tienen la facilidad de cerrar como las manos, con objeto de poder asirse a los árboles. En cuanto a la cabeza, son también tres las diferencias notables: la desmesurada medida de las quijadas, la ausencia absoluta de nariz y la falta de frente.

Los monos, en general, son muy inteligentes y hábiles. Algunos andan derechos, apoyándose en un bastón, que ellos mismos fabrican. Suelen vivir en grandes manadas, y cuando emprenden alguna marcha, forman a la cabeza, como guías, los monos más viejos; en el centro, las hembras y los pequeñuelos, y a retaguardia los jóvenes, con objeto de proteger y defender de posibles ataques a todos los individuos pertenecientes a su tribu.

En los países donde abundan los simios, los hombres suelen tenerlos en domesticidad, y les sacan grandes rendimientos, puesto que les son muy útiles en labores rústicas y de poco cuidado, por su acentuadísimo instinto de imitación. Pero este instinto es también en muchas ocasiones un gran inconveniente. Las faenas agrícolas, por ejemplo, se hacen un poco difíciles en esos países, pues si las ven realizar los monos, luego, obedeciendo al deseo de imitar, aprovechan el primer descuido y hacen ellos lo mismo; mas como les falta la inteligencia, aplican a todos los casos la misma solución y producen serios perjuicios.

Se han dado casos muy curiosos. Una vez, un colono que tenía unos cuantos simios cortó en su presencia un árbol, ya viejo y caduco, que de nada le servía. Luego regresó a su hacienda, olvidándose de guardar las sierras y los restantes instrumentos de tala.

Al día siguiente, cuando regresó al bosque, se encontró con una docena de árboles, de los más hermosos, tendidos en tierra. Los monos, utilizando los mismos instrumentos, se habían entretenido en cortarlos durante la noche.

Otro hacendado segó parte de un campo de trigo, dejando sin segar el resto para que se acabase de desarrollar. Al otro día los monos se lo habían segado todo; pero como no sabían hacerlo y sólo le mal imitaron, el destrozo causado fué terrible.

Un hortelano, que poseía innumerables árboles frutales, quitó una vez el fruto que ya estaba maduro a ocho o diez de ellos. Varios monos le vieron cómo lo hacía. Y en cuanto se desdudó, le pelaron los restantes árboles, cuyo fruto estaba aún verde. Para evitar esta perjudicial manía, los campesinos de algunas regiones matan tres o cuatro monos y dejan sus cuerpos clavados en estacas en los lugares que desean preservar de la invasión. Los restantes simios, temiendo sufrir la suerte de sus compañeros, se alejan de allí.

A pesar de su gran agilidad, los monos no son nadadores: mono al agua, es mono muerto. Por eso, porque son muy aficionados a los viajes, y los ríos eran para ellos invencibles obstáculos, idearon y utilizan un curioso procedimiento para vadearlos sin mojarse un solo pelo. Cuando una caravana debe pasar un río, se reúnen los machos jóvenes y buscan un árbol bien cercano a la ribera, cuyas ramas salgan lo más posible sobre el agua. Uno de ellos se agarra a la rama más saliente, otro se coge a sus pies, y así, uno tras otro, forman una larga cuerda de monos.

Cuando calculan que su longitud es ya igual a la anchura del río, emprenden un movimiento de balanceo, cada vez más acentuado, hasta que el que ocupa el extremo inferior consigue asirse a uno de los árboles de la orilla contraria. Así queda constituido un puente, por el que pasan todos los demás: hembras, pequeños y viejos. Una vez que la caravana termina de pasar, el mono que se asió al primero de los árboles se suelta, y la simiesca cuerda atraviesa por el aire el río y queda colgando en la otra orilla.

Esta última maniobra tiene a menudo trágicos resultados. Como es muy difícil que, en el movimiento de balanceo, el mono que ocupa el extremo inferior se agarre a una rama que esté a igual o a mayor altura que la de enfrente, y lo que suele ocurrir es que se agarre a una de nivel más bajo, al soltarse el compañero del otro extremo para que quede la cuerda colgada de la orilla contraria, la cuerda toca al agua, remojándose algunos de los monos que ocupan esa punta, con lo que pierden la serenidad, se sueltan y se ahogan. Si no se asustasen y siguieran asidos, la misma fuerza de la vertical los lanzaría a la otra orilla después del remojón.

De este hecho provienen dos conocidas frases: *El último mono es el que se ahoga, y Ser el último mono.*

Uno de los mayores entretenimientos de los monos, consiste en montarse en los caballos salvajes que viven en sus mismos parajes y tirarles de las crines. Cuando el caballo se cansa de que le molesten y quiere librarse del mono, como no consigue tirarle haciendo piruetas, se lanza en el río más próximo, donde el mono perece si no ha huido oportunamente. Entre los diversos procedimientos que se utilizan para cazar vivos a los monos, hay uno muy curioso, en el que el hombre se aprovecha de la gran torpeza del simio.

Coge una calabaza y la hace un agujero pequeño, calculando que por él pueda pasar bien justa la mano abierta del mono. En su interior coloca algún fruto muy oloroso, que sea del agrado del simio, y luego la cuelga en un árbol y la coloca un cascabel o una campanilla. Al pasar por allí cerca el mono, se siente atraído por el olor. Llega y mete la mano por el agujero, agarrando lo que la calabaza contiene en su interior. La mano, que abierta pudo penetrar, cerrada aumenta, naturalmente, de volumen y no puede salir. Pero el mono no se resigna y no lo suelta. Suena la campanilla al agitarse la calabaza y avisa al cazador. Cuando éste acude, el mono prefiere dejarse coger antes que soltar lo que ha agarrado; tanta es su terquedad. Claro es que este procedimiento sólo se suele aplicar a los monos de pequeño tamaño.

LOS EXPLORADORES DEL MELORIA

POR EMILIO SALGARI

—¡Al diablo con tus cadáveres!...

—¡Callad, cotorras! —gritó el patrón—. ¡Charláis más que una bandada de grullas!... ¡Ea, otro tirón y ya veremos lo que viene a bordo! ¡Mil truenos!... ¿Qué es eso?

Vicente, el patrón, estaba inclinado sobre la borda y miraba atentamente al agua. Bajo la popa, entre las mallas de la red, divisábase una masa negra, no bien definida aún, pero que no tenía apariencia de pez.

—¡Por San Pedro de Nembro! ¡Es una caja de muerto! —dijo Simón Storvik.

—¿Quieres dejar en paz a los muertos, gigante miedoso? —exclamó el patrón—. ¡Vamos, venga, arriba!

Mediante un último tirón, la red salió del agua, presentando ante los asombrados marineros una especie de cofre que se había enganchado en las mallas.

De boca de los cinco marineros escapó esta exclamación:

—¡Un tesoro!...

Vicente, el patrón, agarró la red con ambas manos y sacó aquella caja hasta colocarla sobre la borda, y, cogiéndola luego entre sus brazos, no obstante su gran peso, la llevó sobre cubierta, depositándola junto a la barra del timón.

Los seis estaban fijos en aquel objeto, tan extrañamente pescado, mirándolo con avidez, como abrigando la esperanza de que fuera un arca de caudales repleta de oro.

Era una caja de forma cuadrada, de medio metro de alta, de madera de encina tallada, con sunchos de hierro y reforzada con varias planchas de acero:

Al exterior no tenía inscripción alguna; en cambio, los sunchos, que, como hemos dicho, eran de hierro, hallábanse sumamente oxidados. Habíanles atacado las sales marinas, señal evidente de que se hallaban sumergidos en el mar hacía mucho tiempo, muchos años quizá.

—¿Cómo habrá venido a flote este cofre? —preguntábase el patrón—. No comprendo cómo la red ha podido cogerlo.

—Muy sencillo, patrón —dijo Miguel—. Fijaos en esas dos chapas que sobresalen un poco; en ellas se ha enganchado la red, y con ellas la caja.

—¿Y cómo me explicas la resistencia que oponía?

—Acaso se había encajado entre dos rocas o entre los restos de algún barco.

—Admitámoslo —dijo el patrón—. Ahora nos queda por saber lo que contiene.

—Oro, de seguro —dijeron los marineros a coro.

—¡Ehem...! ¡Ya lo veremos, jóvenes!

Intentó abrirla sin romperla, pero pronto hubo de convencerse de que jamás lo conseguiría sin romper la cerradura.

—Venga un hacha —dijo.

Miguel fué en busca de una, que le entregó.

El vigoroso lobo de mar levantó la pesada arma, dejándola caer con gran impetu sobre una de las cerraduras. Resistió, sin embargo, a pesar de la violencia del golpe.

—Es firme como una roca —dijo el patrón.

Tras seis golpes consecutivos, a cual más fuerte, la cerradura saltó hecha pedazos y cedió la tapa. Diez brazos la agarraron y la arrancaron, destrozando los goznes.

Los marineros miraron ansiosamente al interior, al mismo tiempo que un grito de estupor salió de todos los pechos.

Dentro de aquella caja había otra más pequeña de acero, de forma redondeada y de un espesor considerable al parecer. La humedad, penetrando poco a poco a través de las paredes de la primera, había oxidado el metal, pero sin corroerlo.

Vicente, el patrón, tomó en sus manos aquel segundo cofre e hizo un significativo gesto.

—¡Adiós tesoro —murmuró entre dientes—. Si el cofre estuviese lleno de oro pesaría el doble.

—¿Y entonces, patrón? —preguntaron los cinco marineros con ansiedad.

—Creo, muchachos, que desde este momento debéis renunciar a la esperanza de haceros ricos —respondió el lobo de mar—. Aquí no hay ni siquiera una moneda de la antigua república.

—¿Pues qué contendrá? —preguntó el esclavo, apretando los dientes desilusionado.

—¿Qué sé yo? Algún documento, quizá.

—¿Creéis que se podrá abrir ese cofre?

—¡Hum...! Me parece tan sólido que ni un pico le haría mella. Hará falta una lima.

—Hay que abrirlo, patrón —dijo Simón Storvik.

—¿Abrirlo? Prueba.

—¿Pensáis acaso entregarlo en la capitania de Chioggia?

—Esa es mi intención.

—No haréis tal cosa —dijo amenazador el esclavo.

—¿Y por qué? ¿Tienes aún la esperanza de que aquí haya un tesoro?

—¡Háyalo o no, la caja nos pertenece y la abriremos.

—¿Lo quieres? Prueba a romperla, querido gigante —dijo el patrón en tono de burla.

Simón Storvik empuñó el hacha e hirió con ella el cofre en el lugar que se hallaban las cerraduras. Al golpe saltó de la gruesa cuchilla una ráfaga de chispas y se hendió en toda su longitud, sin haber logrado hacer mella en el metal de la caja.

—¡Por San Pedro de Nembro! —rugió el gigante, furibundo—. ¡Venga otra segur!

—Perderás el tiempo inútilmente —dijo el patrón— y destrozará todas las hachas que hay a bordo.

—Hay que abrirla, cueste lo que cueste.

—La abriremos.

—Y en mi presencia.

Vicente, el patrón, se acercó al gigante, y sacudiéndole con violencia, le dijo con voz airada.

—Esclavo, ¿qué quieres decir?

—Que ese cofre puede contener un tesoro y yo quiero mi parte, patrón.

—¿Y tú me juzgarías capaz de cometer contigo un fraude? ¡Vamos, gigante, no te tengo miedo! ¿Entiendes, esclavo? —dijo el lobo de mar sacudiéndole con furia.

Volviéndose luego hacia Miguel, que se había colocado, como sus compañeros, detrás del esclavo para lanzarse sobre él al menor conato de rebelión, dijoles:

—En mi caja hay más limas; ve tú a buscarlas, Roberto.

Desapareció el marinero por la escotilla de popa y momentos después volvía, llevando en la mano dos limas casi nuevas. Tomólas el patrón y las arrojó desdeñosamente a los pies del esclavo diciéndole:

—Abre esa caja.

El gigante se quedó indeciso.

—Abre esa caja —repitió el lobo de mar con voz tonante—. ¡Aquí mando yo!

Y mientras el esclavo se inclinaba para recoger las limas, fué a sentarse junto a la caña del timón; cargó flemáticamente su vieja pipa, la encendió y se puso a fumarla, sin perder un solo movimiento del gigante.

CAPÍTULO II

UN DOCUMENTO MISTERIOSO

El esclavo, después de empuñar la más grande de las limas, había puesto manos a la obra con ferroz encarnizamiento, haciéndola rechinar fuertemente contra el acero del cofrecillo. La esperanza de encontrar dentro el soñado tesoro duplicaba las fuerzas, ya hercúleas, de aquel hombre.

Las cerraduras de la caja, aunque algo corroidas por la humedad salitrosa, eran de excepcional fortaleza y oponían tenaz resistencia; pero bajo los incesantes esfuerzos de músculos tan potentes, no tardarían en ceder.

Los cuatro marineros venecianos, sentados en derredor, asistían al acto sin cambiar una sola palabra, dejando al compañero el cuidado de dar fin a tarea tan poco fácil. Por otra parte, lo mismo que su patrón, fiaban poco en existencia de tal tesoro, y por eso no se entusiasmaron. Admitían, a lo sumo, la existencia de algún documento arrojado al mar tiempo atrás, quién sabe cómo y por qué. Tras un cuarto de hora de tan ruda faena quedó rota una de las cerraduras, segada por la lima.

El esclavo se enjugó el sudor que le inundaba la frente y después, sin mirar siquiera a ninguno, la emprendió con la otra, con creciente coraje. La segunda cerradura, más corroida por las sales marinas, cedió en menos tiempo.

Con rápido ademán arrancó el gigante la cubierta y echó una ojeada al interior del cofre, al mismo tiempo que dejaba escapar una ronca imprecación.

Vicente, el patrón, y los cuatro marineros habíanse apresurado a levantarse. Como habían previsto, el cofre no contenía ningún tesoro; pero en el fondo había un estuche de piel roja, muy viejo al parecer.

Lo cogió el patrón y lo abrió inmediatamente.

Un rollo de pergamino, sumamente amarillo por la acción del tiempo, y quizá también por la humedad, atado con un finísimo hilo dorado, había caído al suelo.

—¿Qué contendrá este documento? —preguntó el lobo de mar.

—El tesoro de Simón —dijo Miguel echándose a reír.



—¡Vamos a verlo! —exclamaron todos.
El patrón rompió el hilo y extendió el pergamino.
Todos se hallaban apiñados a su alrededor, pero ninguno entendía palabra.
El documento contenía, en primer lugar, un buen número de renglones escritos en gruesos caracteres, algo borrados por la humedad que había logrado, probablemente, penetrar en la segunda caja; y un poco más abajo veíanse unas líneas que se inclinaban ligeramente en sus extremos; además, cuadritos y números. Al pie del documento veíase, escrito con toda claridad, un nombre.
Vicente y sus marineros examinaron con gran curiosidad el escrito y aquellas líneas que, sin duda, querían representar un dibujo, mirándose luego a la cara unos a otros, como interrogándose con la mirada.
—¿Comprendéis algo? —preguntó el lobo de mar.
—No hay quien lo entienda —respondió el eslavo—, porque ese documento está escrito en griego.
—¿Tú qué sabes?
—He visto cartas escritas en esa lengua.
—El nombre, sin embargo, está escrito en la nuestra —dijo Miguel, que sabía leer algo.

—¿Y eso, para qué nos sirve? —preguntó el patrón.
—Para saber que ese documento ha sido escrito por un tal Luis Gottardi, capitán de la república genovesa.
—Ya, ya; pero lo que yo quisiera saber es lo que contienen esos renglones.
—¿Y ese dibujo? —dijo el eslavo.
—Diríase que representa un canal —respondió el patrón después de examinarlo con mayor atención—. ¿Qué canal podrá ser...?
—Ma parece que lo adivino —dijo el eslavo.
—Tú dirás.
—Apostaría mi paga de un mes entero contra una galleta a que en ese pergamino se hallan las indicaciones necesarias para buscar un tesoro.
—¡Al diablo con tus tesoros! —exclamó el lobo de mar.
—¿Qué queréis que indique entonces?
—Ahora no lo sé; pero lo sabremos pronto.
—¿Por medio de quién?
—Por el médico de Sottomarina.
—Tenéis razón, patrón —dijo Miguel—. El señor Bandi debe saber el griego.

(Continuará en el número próximo.)

EL SORTEO DE REGALOS

¡LA LISTA GRANDE!

¡Por fin! ¡Aquí están, por fin, los números premiados! Estos son, éstos, los que llevarán a sus afortunados poseedores los **automóviles «Citroen»**, las **bicicletas**, las **locomotoras**, las **muñecas**, las colecciones de **PINOCHO-CHAPETE** y todas las demás infantiles maravillas del formidable, jamás visto y nunca igualado sorteo de regalos.

PINOCHO lanza tres veces al aire su gorro colorado en honor de los favorecidos por la suerte; les abraza conmovido y pone a su disposición los premios, que podrán recogerse en las condiciones abajo expresadas. Y a los demás Pinochistas, a los que la fortuna no ha sonreído en esta ocasión, les estrecha la mano con un ademán lleno de esperanza: ¡Otra vez será! Pinocho es generoso, y sus regalos son tan abundantes, que a todos llegarán antes o después. Ya para Navidad-Reyes está organizando **otro sorteo colosal de regalos a los Pinochistas**. Animo, pues; la suerte va por barrios, dice la gente. Los no favorecidos hoy quizá estén radiantes de felicidad dentro de pocas semanas.

Y ahora he aquí la lista de premios y los números premiados:

PREMIOS	NÚMS.
Automóvil «Citroen»	198.158
Automóvil «Citroen»	116.803
Bicicleta núm. 1	150.635
Bicicleta núm. 2	123.836
Triciclo núm. 1	187.739
Triciclo núm. 2	214.561
Triciclo núm. 3	72.987
Tren eléctrico	257.707
Casa de muñecas grande	121.594
Casa de muñecas pequeña	118.896
Baúl «Trousseau»	31.135
Locomotora grande	67.153
Locomotora pequeña	223.466
Tocador grande	70.570
Tocador pequeño	170.986
Muñeca grande	101.911
Idem ídem	129.141
Muñeca mediana	266.037
Idem ídem	32.462
Muñeca pequeña	221.861
Idem ídem	118.674
Colección de aventuras de Pinocho- Chapete	181.408
Idem ídem ídem	44.896
Idem ídem ídem	145.082
Idem ídem ídem	202.407
Idem ídem ídem	965.012

PREMIOS

NÚMS.

Colección de aventuras de Pinocho- Chapete	64.931
Idem ídem ídem	81.152
Idem ídem ídem	162.883
Idem ídem ídem	81.154
Idem ídem ídem	220.200
Idem ídem ídem	20.143
Idem ídem ídem	55.862

El acta del sorteo levantada por el notario del Ilustre Colegio de Madrid, don Toribio Jimeno Bayón, dice así:

Número tres mil novecientos setenta y cinco.

En la Villa y Corte de Madrid, a treinta y uno de Octubre de mil novecientos veinticinco. Toribio Jimeno Bayón, Abogado, Notario de los del Ilustre Colegio Notarial de esta Corte, con vecindad y residencia en la misma, hago constar: Que en mi despacho ha comparecido D. Luis Calleja Gutiérrez, mayor de edad, soltero, industrial, vecino de San Sebastián, con domicilio en la misma, provisto de cédula personal, que exhibe, de la clase novena, expedida en San Sebastián el primero de Julio del año anterior con el número mil trescientos diez de orden, y que ha requerido para que presencie el sorteo que debía celebrarse al objeto de adjudicar los premios que ha ofrecido el semanario infantil PINOCHO, con arreglo a las condiciones anunciadas en los números del mismo periódico publicados hasta esta fecha.

Y realizado el sorteo a mi presencia, han resultado premiados:
El número 55.862, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 189.158, con un automóvil; el número 181.408, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 214.561, con un triciclo número 2; el número 116.803, con un automóvil; el número 44.896, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 118.096, con una casa de muñecas pequeña; el número 221.861, con una muñeca pequeña; el número 145.082, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 223.466, con una locomotora pequeña; el número 72.987, con un triciclo número 3; el número 170.986, con un tocador pequeño; el número 202.407, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 101.911, con una muñeca grande; el número 265.012, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 64.931, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 81.152, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 121.594, con una casa de muñecas grande; el número 162.883, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 123.836, con una bicicleta número 2; el número 150.635, con una bicicleta número 1; el número 67.153, con una locomotora grande; el número 81.154, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 220.200, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 118.674, con una muñeca pequeña; el número 257.707, con un tren eléctrico; el número 266.037, con una muñeca mediana; el número 20.143, con una colección de Aventuras de Pinocho; el número 70.570, con un tocador grande; el número 31.135, con «trousseau»; el número 187.739, con un triciclo número 1; el número 32.462, con una muñeca mediana, y el número 129.141, con una muñeca grande.

Extendida ésta, la he leído al Señor requirente, después de enterarle de su derecho a leerla por sí, el cual presta su asentimiento y firma, y de todo ello y de quedar extendida en dos pliegos de la clase octava, serie F, números seis millones trescientos cuarenta y ocho mil novecientos setenta y cuatro y el presente yo el Notario que signo, firmo y rubrico, doy fe.—L. Calleja.—Signado: Toribio Jimeno.—Rubricados.

Condiciones para retirar los premios.

1.ª Los premios podrán retirarse desde la publicación del presente número hasta el 30 de abril de 1926. Pasada esta fecha caducará la validez de los billetes; si algún premio no ha sido retirado se regalará a los Pinochistas en un nuevo sorteo.

2.ª Para retirar los premios es necesario presentar en la Administración de PINOCHO (Editorial SATURNINO CALLEJA S. A., calle de Valencia, 28) el billete premiado, el nombre y dirección del Pinochista favorecido y un retrato del mismo. Esto último es indispensable, puesto que hemos anunciado que los nombres y los retratos de los Pinochistas premiados se publicarán en PINOCHO.

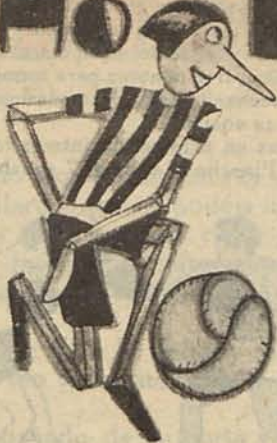
3.ª Los Pinochistas premiados que residan fuera de Madrid y deseen que les sea enviado su regalo a domicilio, habrán de abonar los gastos de envío y ponerse para ello de acuerdo con la Administración.

PINOCHO DEPORTISTA

Los trabajos de los pinochistas.

Con esta crónica de «Punlly», tan amena como técnica, inauguramos esta sección, en la que daremos cabida a los trabajos que tengan los caracteres de una crónica deportiva.

Ya lo sabéis, pinochistas, documentaos y dad a conocer a vuestros compañeros los mil procedimientos de la práctica y preparación de los deportes.



Deportes atléticos.

El lanzamiento de peso.

Entre los deportes atléticos, son, sin duda, los de lanzamiento los más difíciles de practicar, pues además de la constitución física que hay que tener, se necesita una gran preparación para adquirir el estilo.

Ya sabréis, queridos pinochistas, que el peso o bala es de acero o hierro de forma esférica y que pesa, más o menos, 6 o 7 kilos.

El estilo más corriente es el siguiente: El lanzador se para en medio del círculo y mira la señal colocada en el punto a donde ha lanzado la bala su antecesor; después se pone de perfil, pasa la bala de la mano izquierda a la derecha, la coloca sobre el hombro, se equilibra bien sobre ambos pies y después sobre uno solo. Luego adelanta muy lentamente una de sus piernas; a este movimiento le sigue uno de rotación o espiral del cuerpo; poco después se va estableciendo el equilibrio. El atleta ha tocado tierra con el pie derecho y parece estar inclinado hacia ese lado, cuando después de todo esto se le ve saltar de nuevo, y la bala sale disparada, siguiendo una trayectoria tangente al movimiento del cuerpo.

Entrenamiento: Lanzar la bala a un punto determinado, tirarla a lo alto, lanzarla por simples torsiones del cuerpo, ejercicio de los brazos, movimientos de cadera, hombros y piernas, hacer equilibrio con éstas, adiestrarse en el movimiento de conjunto; es decir, que trabajen todos los miembros con una gran armonía e igualdad, hacer trabajar todas las articulaciones y músculos, pero no muy intensivamente y sin gastar energías; siguiendo todo esto podréis especializaros primero, y después podréis ser unos atletas completos capaces de hacerlo todo.

PUNLLY.



*apunte del n.
luzal por Francisco García Leiffó*

El partido del Torneo de PINOCHO se suspendió.

A causa del mal tiempo, se suspendió el partido «Pinochistas Invencibles» - «Sporting Pinocho», que tenía que jugarse el pasado domingo.

¡Los triunfos pinochistas!

El «C. D. Pinocho» vence al «Infantil del Triunfador». «Pinocho», 1; «Triunfador», 0.

Con buena tarde, jugaron los pinochistas contra el «Triunfador», que resultó vencido.

Fue marcado por Ortiz.

Por el «Pinocho» se distinguieron todos, y por el otro equipo, ninguno.

J. SÁNCHEZ.

«Pinocho F. C.» (Cuenca), 7; «Chapete», 1.

Se jugó un partido entre estos equipos en el campo del «Arena», a las tres y media.

El árbitro, Ricardo Valiente, alinea así a los bandos: «Pinocho F. C.»: Bonilla (Pedro); Pinto, Anaya; Cabañas, Bonilla, Redondo; Dado, Porras, Patiño, Montejano, Rosillo. «Chapete»: Arrazola; Abad (A.), Benítez (S.); Abad, Martí, Paco; Lila, Eusebio, Chust, Benítez, Machaco.

Corresponde el saque a «Pinocho»; desde este momento los avances son alternativos. Bonilla recoge la pelota y avanza sorteando a medios y defensas contrarios, coronándolo con un tiro fortísimo, que el portero, Arrazola, no puede detener.

Una falta cerca del área de «penalty» tirada por Benítez da motivo a una estupenda parada del portero, Bonilla (Pedro).

Chust lanza un tiro, y Redondo, al ir a despejar, falla, desviándolo desgraciadamente hacia el «goal» sin que el guardameta lo pueda detener.

Chust avanza con el balón hasta la portería del «Pinocho», pero su tiro es desviado a «córner» por Bonilla (P.).

Reaccionan los pinochistas, logrando otro «goal» Bonilla, y se pita el fin del primer tiempo.

Segundo tiempo.—Los del «Chapete», dispuestos a conseguir el empate, forman una línea delantera, que con los medios resultan ocho delanteros; pero sus esfuerzos se estrellan contra la brillante actuación de los defensas pinochistas.

Los cuarto, quinto y sexto «goals» son producidos por Redondo, en tres magníficos tiros.

Se tira una mano contra el «Chapete», y Arrazola lo desvia, recogiendo Pinto (que ha pasado a la línea delantera) y centrando; pero Cabañas no la puede recoger a pesar de todos sus esfuerzos.

Se tira un «córner» contra el «Chapete», rematado por Cabañas, que pasa rozando el larguero.

Se suceden varios avances del extremo derecha Dado, y en uno de ellos centra, recogiendo Cabañas, que pasa a Bonilla, y éste, chutando, hace que el balón entre en la red contraria. El árbitro pita el fin del encuentro.

Por el «Chapete»: Abad (A.), Benítez (S.) y Chust; y por el «Pinocho»: todos. El árbitro, bien.

El equipo para el Torneo será el mismo que jugó en este partido, con los suplentes Montero y Hervás.

DON TURULATO.

MÁLAGA

¡Qué partido tan superior se celebró el día 18! ¡Como para levantarle un monumento! ¡Hubo tanto derroche de arte...!

De público numeroso y entendido estaba ocupado casi en su totalidad el campo del «Malagueño», cuando al sonar el pito del árbitro da comienzo el partido entre el «Sporting de Córdoba» y el «F. C. Malagueño» con la siguiente alineación:

«Sporting»: Gumersindo; Rey, Tejada; Austria, Tasani, Tagua; Domínguez, Prieto, Flores, Rubio y Morales.

«Malagueño»: Angelillo; Fuentes, Gutiérrez (M.); Andrade, Ruiz, Marín; Lara, Vinolo, Casero, Pino y Vicente.

Incesantemente ovacionados fueron por el público, y por cierto que si alguien quedó deudor no fueron los jugadores, porque desarrollaron arte, técnica, filigranas y todo de alta calidad.

Fue el partido una serie ininterrumpida de ataques y despejes, hechos con tal juego, que el público no halló nada que silbar, y si infinito que aplaudir.

Los del «Sporting», estupendos en su totalidad, tuvieron a la cabeza a Gumersindo, que deleitó a la afición; Rey estuvo enorme.

De los del «Malagueño», Casero estuvo imponderable; hizo una actuación brillantísima; Fuentes y Angelillo, sobresalientes; Lara y Vicente, notables; los demás, aprobados.

El partido dió por resultado el tanteo de 3 a 1, favorable a los de casa.

Y hasta la próxima, en la que tendré otra vez ocasión de haceros perder unos momentos, se despide vuestro siempre,

MELÉNITAS.

SANTIAGO

Un nuevo triunfo pinochista.

El domingo 25 de Octubre se celebró un animado encuentro entre los equipos «Estanislao 1.º» y «Pinocho Escolar». Ambos «teams» alinearon así:

«Estanislao 1.º»: Losada; Parente (A.), Acosta (J.); Acosta, Adrán, Mosquera; Vázquez, Bastida, Rodrido, Fernández y Gontal. «Pinocho Escolar»: Ramón; Camilo, Cerviño; Otero, Sande, Jeremías; Sendón, Mouzo, Romero (M.) y Alguero.

En el primer tiempo el dominio fue alterno, haciéndose buenas arrancadas por parte de ambos «onces» y ganando los pinochistas por 4 a 3, y en el segundo, a pesar del dominio pinochista, empataron ambos equipos por 1. Se tiró un «penalty» contra los pinochistas, que se convirtió en «goal», y otro contra los «Estanislao», que el jugador Romero echó honrosamente fuera.

Vencieron los pinochistas por 5 a 4. Se distinguieron todos en general.

MIGUEL Y JOSÉ ALGUERO.

Corresponsales.

El «Pinocho F. C.», de Villafranca, vence al «C. D. Santa Ana Chiqui», por 7 «goals» a 4.

Se jugó este interesante encuentro entre el «Pinocho F. C.» y el «C. D. Santa Ana Chiqui», ambos de Villafranca de Oria.

Los equipos se alinean así: «Pinocho F. C.»: Sanromá; Sarriegui, Serrano; Arregui, Fernández, Sutil; Arizmendi, Arbizu, Gaztañaga, Jauregui, Arrillaga.

Falta en este equipo su delantero centro, Donnay. Capitanea Arbizu.

El «C. D. Santa Ana Chiqui» presenta este equipo: Imaz; Otegui, Yurrita; XX, Arámburu, Esnaola; Errauquin, Gómez, Hidalgo, Insausti, Pascual.

Falta su interior izquierda, Marcelo. Su capitán es Hidalgo.

Comienza el partido con una arrancada del «Santa Ana Chiqui», terminando el avance con enorme parada de Sanromá, el portero pinochista.

Contestan los pinochistas; pero sus esfuerzos resultan infructuosos, porque despeja el avance Otegui.

Arámburu, de un formidable rebote, logra el primer «goal» para su equipo.

Dominio del «Santa Ana Chiqui», que acusa a la portería contraria, y Sarriegui, al querer despejar un ataque santanero, introduce el balón en su propia red, consiguiendo los santaneros su segundo «goal».

No han transcurrido dos minutos del «goal» anterior, cuando Gaztañaga, de un magnífico «shoot», consigue el primer «goal» para el «Pinocho F. C.». Aplausos por parte de los partidarios pinochistas.

Poco después, Arbizu da un «shoot», que Otegui despeja con grandes apuros.

Después de varias arrancadas por parte de ambos equipos, Fernández logra el segundo tanto para el «Pinocho F. C.», y con él, el empate.

Avances peligrosos llevados por los delanteros de ambos «teams», que despejan sus respectivos tríos defensivos, distinguiéndose en esto: Sanromá, Imaz y el gran Serrano, alma del equipo pinochista.

En una arrancada del «Pinocho F. C.» hay una mano de un jugador santanero, ejecutando el castigo Serrano, que desde lejos logra el tercer «goal» para el «Pinocho F. C.».

Arrancan los santaneros llevados por Hidalgo; pero Sarriegui interviene eficazmente.

Poco después se retira el pinochista Jauregui, continuando el «Pinocho» con diez jugadores.

Vuelven a arrancar los santaneros, y frente a la portería de Sanromá se forma una «melée», aprovechando Gómez una buena ocasión para lograr el empate a tres «goals».

Tras dominio por parte del «Pinocho F. C.», termina el primer tiempo.

Segundo tiempo.—Comienza con una arrancada del «Santa Ana Chiqui», que Serrano despeja muy bien.

Arrancan los pinochistas, y Fernández, de un buen «chut», logra el cuarto «goal» pinochista.

Un centro de Arizmendi lo recoge Arbizu, quien chuta; pero Imaz para muy bien.

Un buen «chut» de Arrillaga lo para Imaz magistralmente. Arrancada de los santaneros, que termina con un buen «chut» de Hidalgo que Sanromá para con mucho estilo.

Otro «chut» de Hidalgo, que el mismo Sanromá lo bloca admirablemente.

En un avance del «Pinocho» un «equípier» contrario incurre en castigo cerca del área de «penalty». Tira el castigo Serrano, que está jugando colosalmente, y obtiene el quinto tanto pinochista.

Entre los pequeños espectadores se oyen nutridos aplausos dedicados al gran Serrano y a todo el equipo pinochista.

El equipo santanero no se desanima: al contrario, coge bríos, y en un avance bien llevado por su delantero centro, Insausti, de manera colosal, logra el cuarto y último «goal» para su equipo.

Desde este momento el equipo pinochista «embotella» completamente a sus contrarios, y en un avance Arrillaga da una buena cabeza, salvando con apuros Imaz.

Otro avance pinochista despeja muy bien Yurrita. Su compañero de línea Otegui le imita en otra situación peligrosísima para su meta.

Un «chut» de Hidalgo va por alto.

Castigo contra el «Santa Ana Chiqui» lo tira Serrano, marcando el sexto tanto para su equipo.

En un ataque del equipo santanero Sutil despeja eficazmente.

Faltan tres minutos para terminar el encuentro cuando Arregui, aprovechando una buena ocasión, logra el séptimo y último «goal» para su equipo.

Tras un peloteo sin interés termina el encuentro con la victoria del «Pinocho F. C.» por 7 «goals» a 4.

Comentarios: El equipo pinochista jugó con mucho entusiasmo, aunque sin cohesión y notándose falta de entrenamiento. En general, jugaron todos muy bien, especialmente Serrano, que estuvo el mejor de los veintidós jugadores, y Sanromá, que estuvo hecho un Zamora.

El equipo santanero jugó con más cohesión en su línea delantera por estar más entrenados que sus contrarios.

Se distinguieron Imaz, Otegui, Arámburu y Yurrita.

Este es el primer partido que juega el «Pinocho F. C.» desde su fundación, y, por lo tanto, su primera victoria.

¡Bien por el «Pinocho F. C.»!

PEDRO BEITIA.

EN BUENOS AIRES

«Pinocho B», 2; «Sportivo Federal», 2.

Este partido realizóse en el «field» del Club «Sportivo Federal», ante una crecida concurrencia, quienes se quedaron «pasmados» al ver que el «Sportivo Federal» no pudo vencer; pues antes

del partido se descontaba una fácil victoria de ese «team».

A las quince horas y diez minutos el «referé», señor Botazzo, dió orden de luchar: Sale el «Sportivo Federal», quien avanza, y su centro «forwal» pateo al arco. Hortal, mediante una estirada, salva, cediendo «córner»; el tiro libre es tirado en gran forma, originándose un peloteo frente al arco; Calnegüia, delantero contrario, saca provecho, y, con un tiro fuerte, marca el primer «goal»; había transcurrido un minuto de juego.

El juego se mantuvo equilibrado hasta que, a los veintiocho minutos, Gualberto Lucarelli aprovecha un centro de Kalmico para, en buen estilo, igualar posiciones.

A los doce minutos del segundo periodo, el mismo Gualberto Lucarelli, después de acudir a varios contrarios con un tiro alto, señala el segundo «goal»; siete minutos más tarde, el «Sportivo Federal» obtuvo el «goal» del empate, mediante un tiro largo que, después de pegar en el travesaño, se introdujo adentro.

Este «match» tuvo un interés extraordinario.

«Pinocho B» formó así: Hortal; Rostey y Delgado; Martinez, Torcioni y Moyano; Kalmico, Berico, G. Lucarelli y Cani.

«Pinocho A», 3; «Est. Palermo», 1.

«Pinocho A» formó así: R. Blanco; A. Anselmi y J. Bareus; A. Marini, G. Dacal y R. Lagarde; J. Linari, F. Lucarelli, E. Rieti, A. Lucarelli y Feliz.

Marcaron los «goals»: Enrique Rieti, Alberto Lucarelli y Anselmo Anselmi, este último mediante un «penalty».

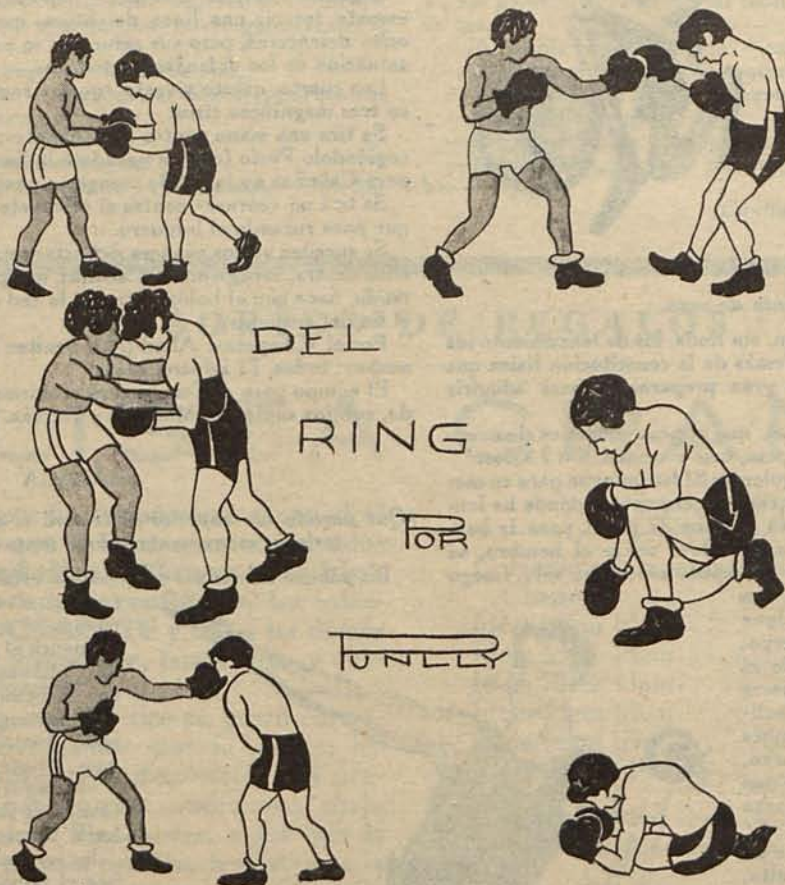
«Wanderers», 6; «Villa Real», 0.

«Wanderers» formó así: C. Moro; J. Papalardo y H. Modesto; A. Anselmi, F. Joaquin y A. Mannetto; J. Tozcano, E. Bardelli, S. Siorciari, G. Mannetto y P. Cos.

Marcaron los «goals»: Sabino Siorciari, 2; Edmundo Bardelli, 2; Juan Tozcano, 1, y Gaetano Mannetto, 1.

Un saludo a los Clubs «Pinocho» de Europa de parte de todos.

FÉLIX ZANEWAR.



1, EL CLÁSICO SALUDO. 2, IMPIDIENDO LOS GOLPES. 3, BUSCANDO EL CLINCH, CUBRIENDO LAS PARTES SENSIBLES DEL CUERPO. 4, EVITANDO EL KNOCK OUT, HALLÁNDOSE GROGGY. 5, ESCUCHANDO LA CUENTA DEL ARBITRO. 6, KNOCK OUT.





EL PEQUEÑO ROCÍN

CUENTO DE CALLEJA EN COLORES



Hubo una vez, en un reino muy lejano, un rey que tenía el hijo más guapo y gallardo que os podéis figurar. Era un muchacho de muy buen corazón y tan generosos sentimientos como ingenio y cultura; pero padecía el defecto de tener un desmedido orgullo, por su brillante posición.

Era también muy amante de todo lo bello, y repudiaba con exceso lo que era feo y detestable ante sus ojos.

Un día salió a cazar, acompañado de su corte y sus monteros. Y en ocasión de haberse sentado cerca de la carretera a merendar, llegó hasta él un hombre cabalgando sobre un rocín sucio y endeble. El hombre era viejo, feo, jorobado, tuerto, andrajoso y con el cuello torcido, y su cabalgadura no era ciertamente mejor que el amo, pues era un asno pequeño, ventrudo, de largo y lacio pelo y cojo de una pata. —¡Ufl!, —dijo el príncipe—; quitad de mi vista al instante ese viejo y ese rocín tan feos, que no quiero ni mirarlos.

Los criados ejecutaron prontamente el mandato. Pero el hombre del rocín no era lo que parecía, sino un poderoso hechicero, que no siempre se presentaba con tales apariencias; y, a los pocos días, una tarde que el príncipe se paseaba solo por el bosque, se le apareció nuevamente y le dijo: —«Te voy a convertir en un rocín como el mío, y en ese estado continuarás hasta que una princesa inocente y bella te llame su mejor amigo y, enamorándose de ti, te ame para siempre».

En aquel momento se transformó el príncipe, gentil y guapo, en un rocín feo y enclenque, como aquel que no había podido soportar ante su vista.

Al advertirse en el palacio la desaparición del príncipe se armó gran revuelo. Nadie pudo dar con su paradero. Entre tanto, su alteza andaba por el bosque como un rocín verdadero, mezquino y flaco, y muy descontento consigo mismo. Erale inútil pensar en volver al palacio, puesto que sabía que nadie le iba a conocer, y, por lo tanto, no le abrirían las puertas.

Después de caminar por el bosque un par de días, se encontró con un joven que iba a coger leña. Al ver éste al borriquillo, se acercó y le acarició, hablándole con tal cariño, que el rocín le siguió hasta su casa, que era un cortijito humilde que había cerca del bosque.

—Mira, papá, —dijo el joven—; aquí tienes otro borrico, en sustitución del viejo que se despeñó ayer.

—Es mal cambio —contestó el padre—, porque parece un rocín tan inútil, que no se ganará con él ni aun siquiera lo que él se coma. Pero, en fin, probaremos.

Metieron el rocín en la cuadra, y al día siguiente le pusieron a trabajar.

—No es tan inútil como me había figurado —dijo el

labrador a Juan, que así se llamaba el niño—. Procura alimentarlo bien, que tal vez nos sea útil.

Juan había tomado gran cariño a su borriquillo, y le daba buenos y continuos piensos; le cepillaba a menudo y le trataba con esmero. Claro que el rocín trabajaba cumplidamente en las labores del terreno.

Cuando el labrador acabó la labranza, dijo a su hijo: —Mañana llévate el rocín a la capital para herrarle, porque pienso venderlo.

No gustó mucho a Juan esta decisión de su padre, porque prefería quedarse para siempre con el borriquillo; pero como era obediente, fué a la capital y cumplió la orden de su padre. Cuando estaban herrándole se acercó un hombre desconocido, y, entablando conversación con Juan, le preguntó si quería venderle el rocín.

—Vale doscientos duros —contestó Juan, en son de broma.

—Es mucho; pero, en fin, te los daré.

—No —replicó entonces Juan vivamente—; no me atrevo a venderlo, porque no es mío, sino de mi padre.

—Vete entonces a tu casa y pídele permiso para venderlo.

Juan no hizo caso de su interlocutor, y, montando en su rocín, regresó al hogar, sin decir nada a su padre de cuanto le había sucedido. Poco tiempo después hubo feria en la capital, y dijo el labrador a su hijo:

—Limpia y asea perfectamente el rocín, porque quiero llevarlo a la feria.

Juan se puso muy triste y rogó a su padre que le dejase a él llevarle; pero le contestó que prefería hacerlo por sí mismo.

—Bien; si prefieres llevarle tú, te suplico que pidas trescientos duros por él —dijo Juan.

—¡Estás loco, niño! Sé muy bien lo que vale, y no habrá, seguramente, quien lo compre ni en cien duros.

Entonces Juan contó a su padre cuanto le ocurrió cuando llevó a herrar el borrico, y el dinero que por él le ofrecieron.

—Pues eres tonto de capirote; debiste venderlo —le contestó su padre.

A los pocos días marchó en dirección a la feria, recapacitando durante el camino acerca de lo que Juan le había manifestado. Cuando le pidieron precio por el rocín, contestó sin vacilar: «Vale trescientos duros». Los compradores lo tomaron a chacota y le contestaban que un rocín tan malo no podía valer ni aun siquiera cien duros. Pero el labrador no rebajaba un solo céntimo. Al poco rato llegó el mismo hombre que quiso comprárselo a Juan, y sin regatear le entregó los trescientos duros que pedía. Realizada la venta, regresó a su casa muy contento de aquel negocio, aunque dió motivo a Juan para llorar amargamente y llenarse de tristeza. A la mañana siguiente, al buscarle su padre, no le encontró por parte alguna. Se había marchado en



busca de su rocín, según le dijo su mujer y madre de Juan. Efectivamente, Juan había ido en busca de su pequeño rocín. Al llegar a la capital se enteró de que el hombre que había comprado el animalito había marchado a un lugar distante unos cien kilómetros de allí. —Por cierto que debe de ser un hombre rico, muy distinguido, que, sin duda alguna, pertenece al palacio del rey —le añadieron. Juan emprendió seguidamente el viaje, y recorriendo los cien kilómetros, fué directamente al palacio, en donde pidió servicio como mozo de las caballerizas. Lo obtuvo, desde luego, pero no encontró el rocín que buscaba.

Un día vió un trineo parado en la plazoleta que daba frente al palacio, y vió también que iba tirado por el pequeño rocín que él tanto quería. Se puso contentísimo y fué en seguida a acariciarlo. Y sucedió que la hija menor del rey, que aún era una niña, cruzó corriendo en aquel instante por allí, y al ver a Juan al lado del borriquillo le dijo: «Me gustaría tener un rocín como éste, que montaría yo muy bien, ¿verdad, Juan?» «Ya lo creo —contestó éste—. Le conozco bien y es el animal más vivo, fiel y noble que he conocido».

de acariciarle y besarle amorosamente. Un día en que Juan le daba de beber en el río, vió un pez muy grande, dorado, y quiso cogerlo, sin que lo pudiera conseguir. Algunos días después se repitió la escena; pero entonces el borriquillo dió con la pata un golpe al pez y le echó fuera del agua. Juan le llevó a la cocina del rey y todos fueron a verle. Cuando lo abrieron para limpiarlo, observaron, asombrados, que tenía en su interior la sortija de la princesa. El rey manifestó a su hija que debía casarse con Juan, el mozo, porque era él quien había encontrado la preciosa alhaja. La princesa se conformó con su suerte; pero Juan dijo que no era él precisamente a quien debía honrarse con tal distinción, puesto que quien había encontrado la sortija era el borriquillo, que, al dar con la pata en el agua, saltó de ella el pez con la sortija que contenía. Cuando la princesa oyó esto, corrió a la cochera a ver al animalito y le abrazó y le besó dulcemente, diciéndole: «Borriquito mío, yo me quedaré contigo para toda la vida, porque eres mi amor, mi encanto y mi mejor amigo». Tan pronto como pronunció tan significativas palabras, desapareció el borriquillo y se operó una trans-



La princesita corrió en busca de su padre y le rogó la comprase el borriquillo del trineo. «Es feísimo», le contestó el rey: «Elegiremos otro, el más bonito y mejor de las caballerizas». Pero la niña no se conformó, porque su capricho había recaído sobre el rocín del trineo, y siguió rogando y suplicando tanto a su padre, que le convenció de que satisficiera su deseo. «Cuidale bien, Juan», le dijo la princesita. Este se lo prometió así, y cumplió de tal manera su palabra, que de día en día mejoraba el rocín, poníase por momentos más bonito, y llegó a estar tan gordo y lustroso que daba gusto verle. La princesita le enganchaba en su coche y se paseaba a menudo con él. Cada vez le quería más.

Pasado algún tiempo, ocurrió que la hija del rey, por haber estado pescando, perdió una sortija, recuerdo de su madre. Por su gran valor, y por constituir un talismán precioso, había sentido mucho su pérdida, dando lugar a que, tanto el rey como la princesa, se entristecieran y ordenasen que se buscara por todos los medios imaginables. Todo fué inútil, y el monarca ofreció entonces que al que encontrase la sortija de la princesa daría a ésta por esposa, así como la mitad del reino. Hubo no pocos príncipes, condes, duques y nobles de todas clases en el país que fueron en busca de la sortija. Pero nadie supo dar con ella. Entre tanto, cada día que pasaba quería más la princesa a su rocín, y mandó ponerle cuatro hermosas herraduras de oro, sin que cesara

formación prodigiosa: la fea piel del pequeño rocín cayó al suelo y en su lugar apareció ante los ojos de la admirada princesita un arrogante mancebo, guapo, simpático y ricamente vestido.

La princesita no salía en sí de su asombro.

—¿Quién eres? —pudo preguntarle, al fin, balbuciente.

—Soy un príncipe que fué malo en otros tiempos, y me encontraba transformado en borriquillo como castigo a mi desmedido orgullo. Sólo podía recobrar mi verdadera forma cuando una princesa inocente y bella se enamorase de mí. Ahora ya estoy libre y prometo ante ti ser el más bueno de los hombres.

La princesita, emocionada por aquel inesperado acontecimiento, le cogió de la mano y marcharon juntos a presentarse al rey. A los pocos días se casaron, al mismo tiempo que Juan celebraba su boda con una hermana de la princesita.

El gentil y hermoso príncipe marchó luego con su bella esposa al país de su padre, en donde se celebraron suntuosas fiestas por su regreso; y todo cuanto le aconteció fué causa de que se terminara para siempre su desmedido orgullo. Vivió feliz con su mujercita, la amante y monísima princesa.

FIN

CHISTES

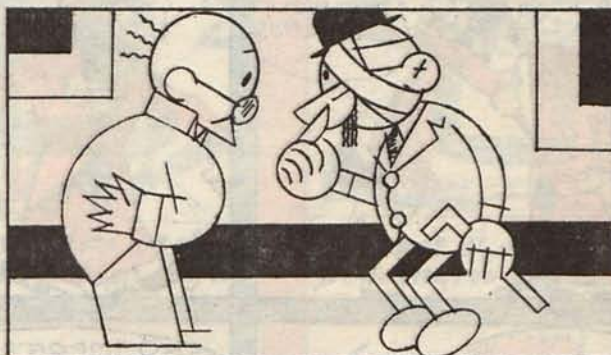
B U E N O S Y M A L O S



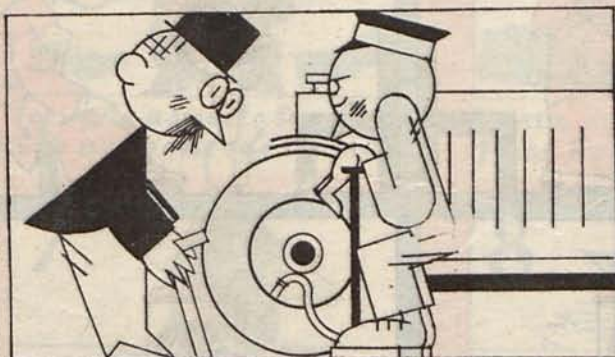
—¡Oye ,Lolita! El portero de casa debe de ser pescador.

—¿Por qué lo dices?

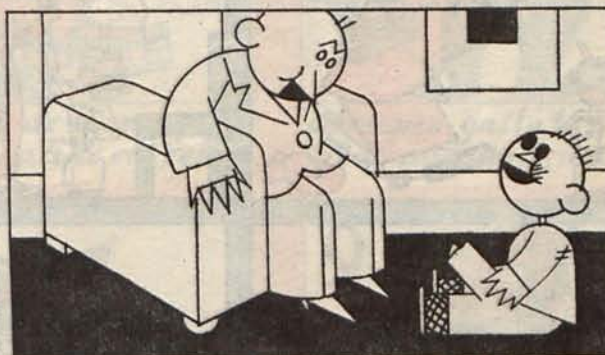
—Porque ayer oí decir a mi mamá que todos los días pesca una merluza.



—¿Supongo, doctor, que no pretenderá usted ponerme la factura por la operación, después de haberme sacado un ojo de la cara?



—¡Luego dirán que no se puede respirar bien en las ciudades! ¡Cómo se va a respirar con el aire que nos quitan ustedes para esos dichosos neumáticos!

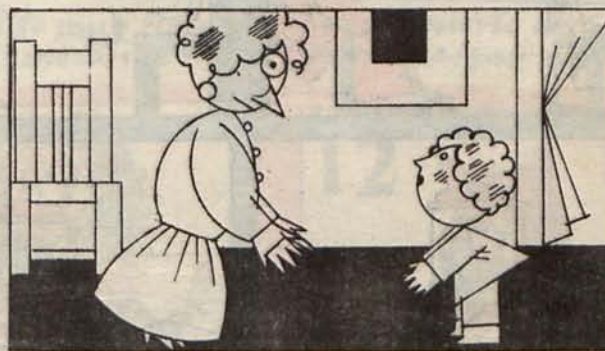


—Si tú tienes seis caramelos y yo te pido tres, ¿cuántos te quedarán?

—Seis.



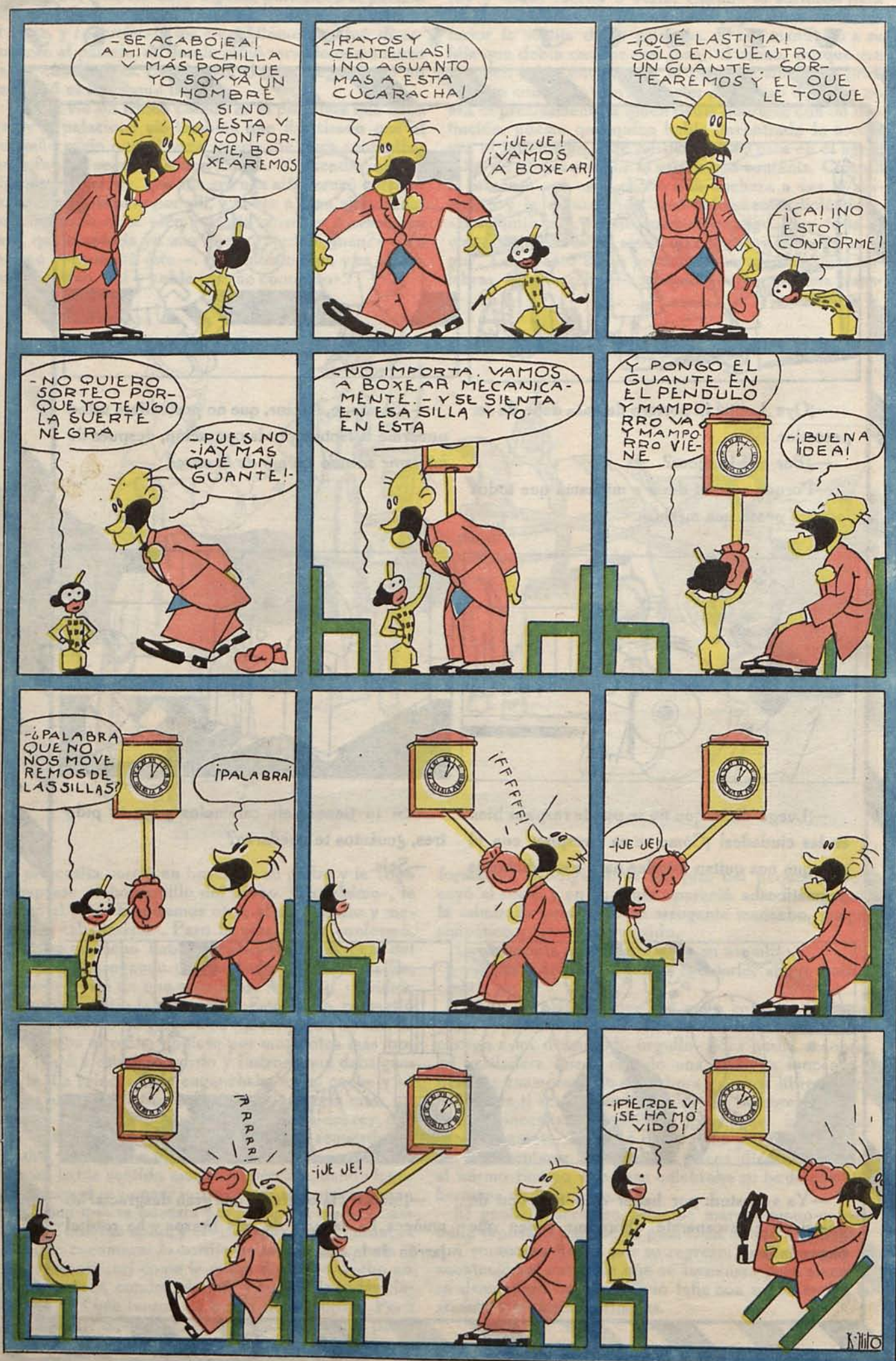
—Ya ve usted: por haber roto un poco de cristal en el escaparate, ahora me piden que pague la luna.



—¡Mamá! Ha ocurrido una gran desgracia. Mi muñeca ha saltado de mis brazos y ha roto el jarrón de la sala.



DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO



ALELUYAS DE LAS CABEZAS CAMBIADAS



*¡Ves que soy una cerdita
Pues me mudo de ropita*



*Este burro bien vestido
Te puede dar un bufido*



*Yo nose si soy de Pravia
De Langreo o de la Arabia*



*Con este aspecto tan fiero
Soy un bonrado carnero*



*Rana soy de gran postín
Pues he nacido en Pekín*



*Aunque gallo te saludo
Si te conviene, me mudo*



*Me visto de bailarina
Pero no soy golondrina*



*Soy un gatito muy listo
Qué de mil modos me visto*



*Por el desierto de Sahara
Suelo pasear mi cara*



*Un mono soy con sahero
Vestido de mosquetero*



*Luego dicen que soy fiero
Y hago de titiritero*



*ROBLDANO
Hago el oso a maravilla
Con esta hermosa ropilla*

Con las presentes aleluyas os ofrezco una distracción. Cada figura de éstas tiene, como vosotros y como yo, su cabeza correspondiente, con la única y particular diferencia de que estas figuras pueden cambiar de rostro, cosa que a nosotros nos es absolutamente imposible. Si queréis cambiar las cabezas de estos seres extraños, cortad la figura por la línea horizontal que hay en cada cuadro, cuidando de border con las tijeras la curva del cuello de cada bicho. De esta forma podréis hacer infinitos cambios. ¡Manos a la obra!

HISTORIAS DE ANIMALES

NUEVA HISTORIA DE LA URRACA LADRONA

Para el que ya conozca de vosotros la antigua historia de la urraca ladrona, esta será una historia más de robos y de urracas, y así llevará adelantado la mitad del camino.

Una vez, vivía una señora que tenía por gusto una urraca que andaba suelta por la casa, y a veces levantaba el vuelo y tardaba un rato en volver.

Esa misma señora tenía una criada, lo cual no es incompatible con la urraca. Esa criada, igualmente, andaba suelta por la casa, y algunas veces —los domingos, sobre todo— levantaba el vuelo como la urraca y tardaba, como ella, toda la tarde en volver.

La señora a que nos referimos tenía fama de rica en el pueblo, y se decía que guardaba en su casa joyas valiosísimas y ricos objetos de metales preciosos.

Esta fama puso en curiosidad a la criada, que empezó a interesarse demasiado por lo que su ama guardara en las arcas del piso bajo.

Un día llevó esta curiosidad hasta el punto de conseguirse una llave falsa de aquella habitación donde, sin duda, debían hallarse las riquezas de la señora. Efectivamente, la señora guardaba allí bastantes cosas de valor.

Como recuerdo de aquella visita, la criada, antes de cerrar, se llevó consigo un par de cubiertos de plata.

La señora no notó la falta de aquel par de cubiertos, lo que animó a la criada a visitar nuevamente el cuarto de las arcas y a llevarse, en ocasiones sucesivas, unos candelabros, una pulsera, un aderezo y un puño de bastón, todo ello de oro con alguna piedrecita que otra.

Días después, la señora le dijo a la criada:

—Parece que me faltan cosas de abajo...

La criada dijo:

—¿Es posible? (fingiendo gran dolor por esta sospecha de su ama).

La urraca revoloteaba por la habitación y, como era negra y removía tanto sus alas, parecía como si el ventilador cambiara constantemente de sitio.

Al día siguiente, mientras la criada le servía la comida, dijo la señora:

—Pues me faltan varias cosas de abajo.

—¿Está segura la señora de haber mirado bien?

—Sí, sí. He mirado bien y me falta...

Aquí empezó a enumerar los objetos que la criada se había ido llevando.

Mientras lo iba diciendo, miró la criada a su alrededor, y cuando se cercióro bien de que no estaba por allí la urraca, dijo:

—A lo mejor, ha sido la urraca, señora. Esos bichos tienen fama de llevarse las cosas a un escondite.

—¡Llevas razón! Ella debe de haber sido, dijo la señora, muy confiada. Lo que debemos buscar es el sitio donde esconde lo que me ha robado.

Buscaron por toda la casa, y no dieron con los objetos desaparecidos. Y no dieron porque no buscaron en el cuarto de la criada, que era donde estaban, como supondréis.

—Habrá que matar a ese bicho, dijo la señora, cansada de buscar.

Pero a la criada no le convenía aquello. Si mataban a la urraca, no se podría ya llevar más cosas, por no tener a quién echarle la culpa.

Entonces, la muy falsa dijo:

—No, señora. Si la matamos, no encontraremos nunca el escondrijo donde guarda las cosas. Será mejor espiarla.

—Llevas razón, respondió la señora.

Y se dedicó a espiar a la urraca, que no se llevaba nunca nada, la pobre.

Claro es que, mientras se le descubría el escondrijo, la señora le daba a la urraca cada escobazo que la dejaba sin plumas, a ver si así cesaba en sus robos.

Cada día faltaba ya una cosa nueva, y se alarmaba más la señora, y recibía más golpes la urraca inocente.

Por el pueblo había cundido la noticia de que aquella urraca robaba, y ya no podía volar por el pueblo, porque todo el mundo le tiraba piedras.

Llegó a pasarlo muy mal la pobre urraca, hasta el punto de que decidió poner término a aquel martirio.

Se dedicó a vigilar el cuarto donde la señora guardaba sus riquezas, para ver quién era el ladrón.

Y como la veían siempre por aquellas habitaciones, la señora decía:

—¡Maldita! ¡Te voy a matar si no me devuelves lo que me has robado!

Y siempre le tiraba algo a la cabeza. Aquello no era vida.

Un día, la señora, desesperada de que cada vez le faltasen más cosas, dijo a su criada:

—Si la dejamos vivir, me dejará en la ruina. Daré por bien perdido lo que me falta, y mataremos de una vez a la urraca. Mira, el domingo, que tengo convidados a comer, la servimos con el arroz.

La criada no puso inconveniente. Ya se había llevado tantas cosas, que se contentaba con que la señora lo diera todo por perdido.

Pero la urraca, en sus revoloteos, lo oyó todo, y se dijo:

—¡Esto va en serio! Si no se me ocurre algo antes de fin de semana, el domingo me retuercen el pescuezo, y eso no tiene gracia. Y todo, por culpa de esa criada, que roba las riquezas de mi señora... ¿Qué haré yo?

Y se puso a pensar, hasta que se le ocurrió lo más sencillo:

Se fué al cuarto de la señora, cogió un par de medias de seda con su pico y las fué a esconder. Luego volvió y se llevó media docena de pañuelos. En otro viaje cargó con tres camisas de batista.

Así, se apoderó de una parte de la ropa interior de su ama.

La señora, cuando notó la falta de todo esto, pensó:

—Esto no ha sido la urraca. Nunca se han llevado las urracas más que las cosas de oro y plata y no la ropa interior. Esta debe de haber sido Micaela, que le gusta mucho componerse.

Y cuando la criada estaba en la compra, entró en su cuarto la señora, y allí descubrió, en lugar de su ropa, todo lo que la criada le había robado de sus arcas.

Entonces, dió parte a la policía, y le compró un lazo de seda a su pobre urraca, a quien tan impunemente había castigado.

Y la urraca, como era muy buena, devolvió su ropa a la señora, y nunca robó más que algún que otro terrón de azúcar del azucarero.



EL BARON DE LA CASTAÑA

NUEVAS AVENTURAS

LA GUERRA

Las causas habían sido sencillas; mi esposa y yo estábamos tan compenetrados con las gentes del sur de China, que ya nos consideraban como de allí. A mí, pretendían hacerme alcalde de Chin-Lau, mientras que a la dulce Adelaida la ofrecían el puesto honorífico de «Primer verdugo del Sur, cargo muy codiciado por las señoras de la sociedad y de la alta banca.

Pero nosotros preferíamos vernos libres de ocupaciones, para poder dedicar nuestros ocios a dar paseos, o en inventar aparatos de utilidad práctica, como el último que había salido de la cabeza de mi esposa, dedicado a perforar huevos crudos. Consistía en una barrita finísima de metal, con punta en uno de sus extremos. Ese extremo se apoyaba en la cáscara del huevo y con la mano se empujaba, quedando el huevo perfectamente perforado y en disposición de ser sorbido.

Pero a pesar de no ocupar cargos oficiales, éramos *gente conocida* en todo el sur, y los cronistas de salones se ocupaban en sus diarios de todo lo que hacíamos.

Por ese tiempo, vino en viaje oficial el Gobernador de Tchín-Pao, importante población del norte, que traía la misión de averiguar si era cierto que en Chin-Lau nacían los *cacahuets* ya tostados.

Todo el mundo sabe que los *cacahuets* nacen en un barquito con ruedas, que empuja un caballero de chistera; a veces se dan también en un pequeño ferrocarril que también empujan, pero nunca en el suelo, ya que cuando están en tierra es que se ha comido lo de dentro.

Pues bien, esto que todo el mundo sabe, aquel señor del norte lo ignoraba, y buscaba esa deliciosa ave sin alas por el campo, claro está que sin éxito.

Se lo presentaron a mi dulce esposa, y no más conocerse empezaron las bromas.

El señor del norte le dió un golpecito con un dedo en un hombro y ella contestó del mismo modo, a lo que él replicó otra vez igual.

Total, que se encadenó una serie de golpecitos con un dedo.

Cada uno de los dos quería ser el último en dar.

Adelaida o el señor del norte, daban su golpecito y echaban a correr por la ciudad, y el otro detrás empeñado en dar él.

Así estuvieron diez y siete días, causando el asombro de la población, hasta que mi esposa se molestó, y cogiendo a su contrincante le atizó un puntapié tan fenomenal, que el pobre se elevó por el aire y fué a caer a su pueblo.

Poco después, la guerra entre los estados de norte y sur estaba declarada.

La movilización fué diferente en los dos sectores del país.

En el norte habían vivido siempre preparados para la guerra; la mayoría de los ciudadanos eran militares, y las costumbres del país, también.

Todo estaba regulado como en un cuartel.

A tal hora salían las cocineras a hacer la compra al

mercado; a tal hora volvían; se almorzaba y se comía en todas las casas a un toque de clarín, y nadie tenía derecho a protestar si los garbanzos estaban duros como balines.

Los peatones caminaban por las aceras llevando el paso, y los amigos se saludaban unos a otros llevándose la mano a la cabeza, con ademán marcial.

De cada tres casas, dos eran cuarteles, y en vez de autobuses, se circulaba sobre cureñas de cañón.

Cuando se supo allí la noticia de la guerra, todo fué júbilo.

Pero cuando la efervescencia llegó a su máximo fué cuando el Gobierno concedió a los generales el derecho de añadir un pluma amarilla en su casco. En poco tiempo todo estuvo listo.

En el sur todo variaba completamente; allí nadie se dedicaba a la carrera de las armas.

Como fué preciso hacer la movilización, se leyó un bando rogando a los ciudadanos se reuniesen en armas para defender el país amenazado.

Nadie contestó; sólo dijeron algunos que si los del norte querían venir por allí, que viniesen, que ellos les venderían sus productos y no habían de oponerse a su estancia en el país.

El Gobernador creyó oportuno oponerse a la invasión, y entonces me llamó a mí y a Adelaida para pedirnos consejo y amparo para solucionar el conflicto.

Adelaida pidió una silla, y agarrándola por una pata se dispuso a marchar al frente, pero yo, haciendo valer mi autoridad de es-

poso, le rogué depusiese su actitud y la silla, y entonces, sentándome en ella, pedí me nombrasen cabo del ejército del sur.

—Pero cómo, barón —me dijo el Gobernador—. ¿No quiere usted ser nombrado general en jefe?

—Siendo cabo de un ejército sin soldados, soy como un general de un ejército entero. Además, siendo general, necesito un asistente, y no lo voy a encontrar; y siendo cabo, puedo ir solo.

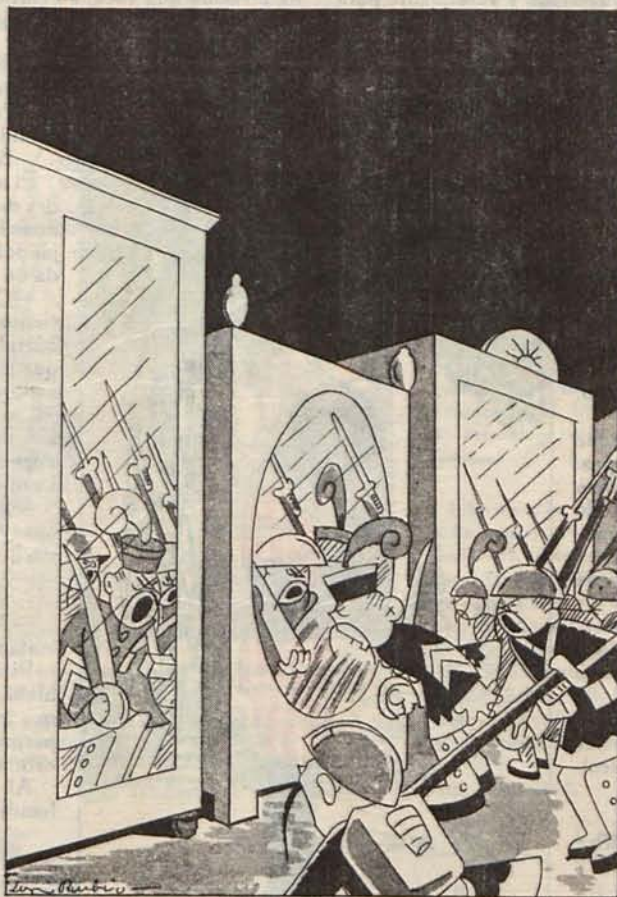
Partí, pues, del Gobierno, encargado de hacer la guerra yo solo.

Lo primero que hice fué requisar todos los armarios de luna del país y los hice llevar por sus dueños a la frontera, y allí, colocándolos mirando hacia el enemigo, lo esperé tranquilo.

Al poco tiempo llegó este cantando un himno guerrero; toda la oficialidad llevaba ya la famosa pluma amarilla.

Y sucedió lo previsto: al llegar frente a los espejos y al verse en ellos reflejados, creyeron ver venir hacia ellos a las fuerzas del sur y primero se detuvieron, y luego movidos de espanto, al ver el número enorme de los reflejados, echaron a correr dejando abandonadas sus armas y miles de plumas amarillas.

Ese fué el primer encuentro de la guerra norte-sur.



EL BARÓN DE LA CASTAÑA.

PROGRAMA
PARA HOY

*Bichos
de
Oro*

¡Sensacional!

GRAN CINE



BICHOS DE ORO

Pitikin, el pequeño negrito que vivía en esa cabaña de pajas parecida a la funda de las botellas, estaba pescando ranas a la orilla del río.

Las cogía con la mano, y ya tenía una destreza tal, que las tres únicas ranitas que pasaron por allí fueron aprisionadas ágilmente por su mano.

Los bichitos estiraban las patas rápidamente y velozmente para escaparse; pero Pitikin las sujetaba y las metía en seguida debajo de su gorra, que tenía en la pradera verde.

De pronto sintió una voz cerca de él que dulcemente le decía:

—Has cogido la mejor rana del río, niño.

Volvióse el negro a ver quién era y se encontró con un pobre viejecito, con cara de hambre, que tiraba del ramal de un burro pequeño.

El negro Pitikin sonrió, y el viejo añadió:

—¡Qué rico bocado debe ser las ancas de esa rana!

Bien notó el negrito que aquello lo decía el anciano por su deseo de llevarse algo a la boca. Le iba a entregar aquel exquisito bocado, y se acordó de pronto de sus padres y de sus hermanitos, que habían quedado esperando la pesca de Pitikin.

Pero el viejecito parecía tan hambriento, que el negro no dudó en decirle:

—Tenga usted esta rana grande, porque en casa nos arreglaremos con unas sopas.

—Ya veo que eres muy bueno. Y como considero este animalito demasiado grande para mí, te ruego que me des otro —contestó el pobre viejo.

—Señor: elija usted una a la medida de su hambre —insistió Pitikin.

—Bien, bien; he visto que eres sincero. Vengo recorriendo toda la ribera del río y ningún pescador se ha portado tan bien como tú. Te voy a premiar.

Cogió las tres ranas, las tocó con una piedra de oro que sacó del bolsillo y las convirtió en oro. Parecían tres lindas esculturas artísticas.

Al verlas el negrito, exclamó:

—¡Oh, qué bonitas! ¡Si parecen de oro...!

—Y de oro son, amiguito. Llévatelas y que la suerte te guíe.

Cuando el negrito levantó la cabeza, después de contemplar entusiasmado aquellas joyas, el hombre que se las había regalado caminaba lentamente con su viejo burrito, sin despedirse siquiera del niño.

Entonces Pitikin corrió como un gamo y, lleno de ilusión, contó a su padre lo que le había sucedido. Pero el pobre padre, que era un campesino ignorante, sin entender de joyas ni de oros, cogió las ranas y las llevó al mercado de las alhajas, donde le dieron poco más de cuatro cuartos para que comprara pan, garbanos y bacalao.

Con eso tenía reservas para que su mujer y sus hijos comieran durante seis o siete días.

Como todas las vecinas se enteraron de que a Pitikin le habían regalado tres ranas de oro, llegó la noticia a oídos de cinco ladrones que tenían aterrada a la comarca con sus trabucos de boca ancha.

Los bandidos entraron una noche en casa de aquella familia de negros y pidieron que se les entregaran inmediatamente las tres joyas. Pero la familia de Pitikin, casi llorando, les dijo que las ranitas habían dado ya un salto a casa de los joyeros de la ciudad.

Tanta rabia les dió eso a los ladrones, que arramblaron con todo lo que encontraron en la despensa, dejando a los negros sin un solo bocado para desayunar al día siguiente. Ya no pudieron dormir aquellas pobres gentes, y bien temprano se encaminó el bueno de Pitikin hacia el río en busca de algunas ranas que pudiera freír su madre para que se les pasara el hambre a los pequeños.

Cuando Pitikin agarró con su ágil mano la tercera rana, oyó la voz mimosa del anciano, que le decía:

—También hoy has cogido las mejores piezas que han entrado en el río.

El negrito dijo entonces:

—¡Por Dios, abuelito; tenga compasión de mí! Si tiene hambre, elija una rana: la mayor, si quiere. Pero no me las convierta en oro

con su magia, porque usted lo hizo con la mejor intención y me ha costado un terrible disgusto.

—Cuéntame, cuéntame qué te ha pasado.

Pitikin contó detalladamente la historia de los bandidos, y el pordiosero, que había dejado cerca su burrito, contestó:

—Muy bien. Tú ya habrás oído decir que nuestro rey Fenelón XV ha ofrecido una vaca, un cerdo, dos patos, una gallina, un gallo y dos palomas a todo el que coja un ladrón. Tú vas a coger cinco. ¿Te parece bien?

—Me parece divinamente. Pero usted no sabe lo que corren esos bandidos y no sabe cómo trepan por las rocas.

—No te importe, Pitikin. Pero tienes que llevarte esas ranas convertidas en joyas.

—Bien, señor; haré lo que quiera usted.

El anciano frotó los animalitos con su piedra de oro y los convirtió en el rico metal. E inmediatamente hizo igual con su asno, dejándole hecho una grande y rica pieza dorada en forma de burrito. Entonces exclamó:

—Cuando los ladrones se enteren de que tienes esas piecitas de oro y vayan a robártelas, díles que no pierdan el tiempo y que me roben este burro, que tiene muchas arrobas del metal que ellos ansian.

Las cosas sucedieron como se esperaba. Los ladrones se enteraron de que había nuevas ranas y fueron a la caza de Pitikin. Pero el negrito les dijo en seguida:

—Son ustedes tontos. Vienen a robarme unas tristes ranitas y tienen a la orilla del río ¡todo un burro de oro!

—¿Dónde está?

—Más allá de aquel árbol.

—Acompáñanos; y si no es verdad, te matamos, negrito.

Pitikin les acompañó, y en el camino temblaba. Pero no era por los bandidos, era que temía haber hecho mal en hacerle ese perjuicio a su bienhechor, a pesar de que este mismo se lo había aconsejado.

Al llegar a un alto, uno de los cinco bandidos exclamó entusiasmado:

—¡Ahí tenéis cómo brilla el burro! ¡Qué cantidad de oro! ¡Vamos corriendo a él!

Todos empezaron a correr. Mas se encontraron con la sorpresa de que el asno corría también; y corría mucho, mucho, dejándose casi alcanzar, pero sin llegar a hacerlo.

Pitikin llegó a donde estaba el anciano y, de rodillas, le dijo:

—¡Perdón...! Van a robarle el burro por mi culpa.

—¡Calla, tonto! ¡Pero si te dije yo que así se lo dijeras! Ahora vamos a seguirles. Tienes que entregar los cinco ladrones al rey.

Y allá iban corriendo: primero, el burro; detrás, los ladrones, y por último, el anciano, de la mano del negrito. El asno desapareció.

—¡Oh! —exclamó Pitikin—, se ha metido en una cueva del monte.

—Muy bien —contestó el viejecito—. Y ahora se meten detrás los bandidos. ¡Qué bien enseñado tengo yo al animalito...!

Se llegaron los dos al agujero de la cueva, pidió el viejo al niño dos piedrecitas, las puso, las tocó con su pie y las piedras crecieron rápidamente hasta cerrar el boquete.

—Ahora, amigo Pitikin, ya tienes cinco ladrones detenidos.

—Gracias, gracias, señor. Pero..., ¿y el pobre burrito?

—No te preocupes. Ya pasta tranquilo en la ribera. Mirale allí.

Pitikin, entusiasmado ante la magia del anciano, salió corriendo en busca de unos cuantos guardias del rey. Entre todos desprendieron las dos piedras aquellas y fueron atados los bandidos en fila, como cuando los niños juegan a que son un tren.

Lo supo Fenelón XV y preguntó en seguida:

—¿Cuántos ladrones ha detenido el negrito ese?

—Cinco, señor.

—Entonces le tocan cinco vacas, cinco cerdos, diez patos, cinco gallinas, cinco gallos y diez palomas. Que se lo entreguen todo menos la paloma más blanca, que yo mismo iré a entregársela.

Así se hizo. Y Pitikin gozó de una hermosa granja para él y su familia, donde solía ir a ver las gallinitas y los pollitos el viejo de la piedra de oro, que resultó ser el mago Corazoncete.

¡¡HA TERMINADO!!



110. P. Sección B.

CONCURSOS PERMANENTES

DIBUJOS :: HISTORIETAS :: CHISTES ILUSTRADOS :: CHISTES SIN ILUSTRAR :: CUENTOS ILUSTRADOS O SIN ILUSTRAR

HISTORIETAS



Historieta muda.

ANDRÉS PAGÉS
Doce años. Cieza.

61. H. Sección B.



El chino ja-
ma-la-Chin,
furioso como
un atún.



Cuando col-
mado estaba,
una mosca le
picaba.



Su esposa
Chucha-lo-
Chin, le daba
con un ado-
quin



A la mosca
no mató, pero
a Chin le des-
trozó.

62. H. Sección B.

CARMEN MARÍA DE LA REINA —15 años. Madrid.

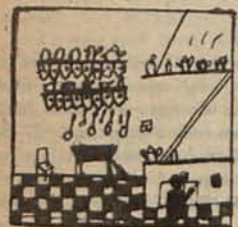


Ejercicio de lineal.

LUIS LORENZO.

Catorce años. Lugo.

556. D. Sección B.



Mi hermanita haciendo los me-
rengues que inventó Pirulita.

AMELIA PALOMO.

Diez años. Guadalajara.

558. D. Sección B.



La cacé en mi jardín.

CARLOS TUÑÓN SANTAMARÍA.

Cinco años. Madrid.

560. D. Sección A.



Chapete, el héroe malo del
cuento.

E. V. ROQU.

Trece años. Buenos Aires.

El brujo y el caimán.

Erase una vez que en el país de China había aparecido un brujo muy malo, que todos los años tenía una conferencia con el rey, para decirle que le tenía que dar a la muchacha más guapa del Imperio chino si quería salvar a su país de un terrible caimán que devoraría a todos los niños y niñas del país.

Llegó un día en que la más hermosa de todas las chinas era la princesa Chaf-rin-mis, hija del rey Ef-chan-Mor, y como éste quería mucho a su hija, ofreció la princesa a quien la libertara. Entonces apareció un guerrero indio que dijo que venía a libertar a la princesa. El rey aceptó, y partió el guerrero con un aparato de su invención, el cual era la seda de un globo que, por medio de una bomba forrada de carne fresca, al morderla, hinchaba al globo, y los dientes se quedaban clavados en la bomba. Llegó delante del caimán y le echó el aparato, quedándose sus dientes clavados en la bomba, sucediendo que el globo del caimán, elevándose por encima del pueblo, fué a buscar al guerrero, el cual fué llevado por el pueblo al Palacio Real, en donde contrajo matrimonio con la princesa.

¿Y al brujo qué le pasó? Pues que, enfadado por la derrota de su aliado el caimán, se mató.

JOSÉ MARÍA PIÑAR Y MIURA.

Diez años.

68. C. Sección B.

El escarmiento.

Pablito Sánchez era un niño muy aplicado y estudioso. Por la mañana, temprano, se levantaba, y, después de lavarse y de arreglarse, se encaminaba a la escuela, donde pasaba toda la mañana.

Pablito, después de venir del colegio, ayudaba a su papá en las tareas del campo y en todo lo que podía (pues Pablito vivía en un pueblo cercano a Madrid). En los ratos de ocio se entretenía, o bien en jugar moderadamente, o en practicar cualquier cosa instructiva. En cambio, su hermano Pedro, aunque ayudaba a sus papás, le gustaba más ir a jugar con sus amigos a los huertos de su posesión, y por esa causa sus papás le reprendían a menudo; pero Pedro no se corregía.

Cierta día, Pedro fué con unos amigos a jugar en vez de ir a la escuela. Pedro y sus acompañantes entraron en una dehesa de toros bravos. Al principio no se dieron cuenta; pero al volver la cabeza vieron ante ellos un toro que los miraba furioso. Los muchachos echaron a correr; pero ¡oh desgracia! Pedro resbaló y cayó, produciéndose una gran brecha en la cabeza. Recogido por sus compañeros, se encaminaron a su casa, no sin antes haber venido un vaquero a recoger al furioso animal.

Al llegar a su casa no fué floja la riña que le soltaron, pues Pedro venía como atontado, el traje con muchos rasguñones y todo lleno de cieno, pues era tiempo de lluvias.

La herida tardó algún tiempo en curarse, y cuando ya la tenía algo restablecida y se le había quitado algo el sust'o, su mamá le habló así: «Si en vez de hacer novillos hubieses ido a la escuela no te habría ocurrido nada, y ahora, sin embargo, por tus travesuras te ves de esta manera.»

No puede decirse que Pedrito no aprovechó la lección, pues desde aquel día fué bueno y aplicado; y él y su hermano Pablito constituyeron la alegría de sus padres y del pueblo.

ANTONIA SANZ.

Diez años. Madrid

69. C. Sección C.



Don Curro quiso enseñar a to-
rear. Y se fué a casa de Botino.

63. H. Sección B.

Y le expuso su deseo.

Pero al salir el toro, salió
huyendo.

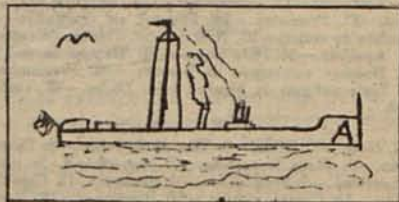
A. P.
Doce años.



El príncipe de Gales.

JORGE A. CARBONÉ.
Once años. B. Aires.

565. D. Sección B.



El «Alsedo».

JOSÉ GARCÍA VAU.
Once años. Santander

566. D. Sección B.



Pinocho, motorista.

PEDRO GUILLÉN.

Doce años. Valladolid.

557. D. Sección B.



Dos buenos amigos.

ASUNCIÓN G. DE LA RIVERA.

Trece años. Talavera de la Reina.

559. D. Sección B.



Mi hermana.

LOLA ACOSTA.

Carabanchel Bajo.

561. D. Sección B.

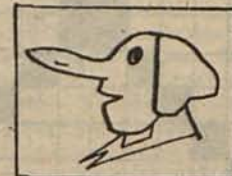


Un legionario.

LUIS FÉRRIZ.

11 años. Madrid.

562. D. Sección B.



Cuando ven a Pinocho,
todos exclaman al mismo son:
¿Quién es ese tan gentil?
¿Quién es ese tan narizón?
Y yo digo:
¡Es nuestro amigo Pinochón!

MERCEDITAS REY.

Trece años. La Coruña.

564. D. Sección B.



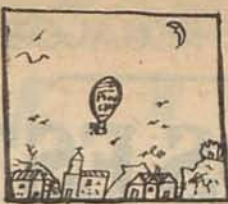
Apuntes.
OCTAVIO PÉREZ GARCÍA.
Ocho años. Madrid.

545. D. Sección A.



La muñeca de mi hermana.
J. O.
Bilbao.

546. D. Sección B.



Viaje de Pinocho a la luna.
GONZALO PÉREZ.
Seis años. Belmonte.

547. D. Sección A.



Totita, mi compañera de baño.
DELFINA ROSSOTTI.
Doce años. B. Aires.

548. D. Sección B.



La iglesia de mi pueblo, Don Turulato, mi sobrina y el portero del equipo de mi pueblo.
MATEO PÉREZ.

Ocho años. Navas de San Juan.

549. D. Sección A.

Cuento.

Pues, señor; voy a contaros, queridos Pinochistas, lo que ocurrió cierto día en un pueblecito a orillas de Santander. Eranse dos niños, muy amiguitos, que se pasaban de la noche a la mañana juntos; por lo cual, se querían mucho. Uno se llamaba Pablito, y el otro Juanito. Estos niños eran a cual más buenos y bondadosos, pues no había pobre que no los conociese en la pequeña aldea.

Pablo procedía de una familia opulenta, que iban a pasar allí el verano; mientras Juanito era de una pobre familia, que vivía muy cerca del hotel de su amigo.

Un día en que era el cumpleaños de Pablito, el niño pidió permiso a su papá para decirle si podía pasar la tarde con él su compañero; a lo que su padre accedió gustoso. El pequeño camarada fué a su casa a buscarle y a pedir permiso a sus padres; al entrar al cuarto vió una escena conmovedora que le causó lástima, y en la que el pobre padre de Juan estaba enfermo de bastante gravedad.

En aquel mismo momento entró el médico del pueblo próximo, y viendo al enfermo, movió un poco la cabeza y dijo:

—Este enfermo no tiene salvación, como no sea con una célebre medicina, hecha por un gran médico y que vale mucho dinero, pues lo que tiene su marido es una anemia muy grande.

La pobre mujer le pregunta que cuanto costaba, a lo que contesta el médico que cincuenta pesetas.

Pablito que oyó que la vida del enfermo consistía en cincuenta pesetas, corrió a su casa y contó lo sucedido, a lo que su padre se las dió. Y así fué como el niño salvó la vida al padre de su amiguito.

MANOLITA RINCÓN.
12 años. Madrid.

64. C. Sección B.

El gigante.

Había una vez en un pueblo un gigante que le llamaban el roba-niños y le tenían mucho miedo los niños, porque entraba a las casas y se los llevaba cuando estaban durmiendo, y además, no se le podía ver, y había dos niños que se las daban de valientes y eran hermanos; pero ellos querían verlo y si podían cogerlo; mas como era tan grande, los dos niños no podían solos con él, y reunieron a otros cuatro niños vecinos más.

Ya los seis se pusieron a pensar el modo de darle caza, y se les ocurrió el abrir un hoyo grande en la calle junto a la puerta de su casa, taparlo con unos papeles y echarle una poca de tierra para disimularlo, y cuando ya empezaba a oscurecer empezaron a hacerlo entre los seis niños. Ya lo tenían terminado, cuando oyeron unos pasos y se pusieron detrás de la puerta, y, efectivamente, ya venía el gigantón dispuesto a ofrecer la faena de todas noches. Cuando iba a entrar precisamente a la casa de los niños pisó en el hoyo y cayó dentro; después los niños le echaron tierra encima.

Y así murió aquel gigante, que le llamaban el roba-niños.

JULIÁN ROMÁN.
Ocho años. Utebo (Zaragoza.)

65. C. Sección A.

La devoción a la Virgen.

Era una tarde gris; el viento soplaba huracanado; una niña pobre mendigaba a la puerta de una iglesia.

Pero hombres y mujeres pasaban indiferentes al lado de la pobre, embozados en ricos abrigo de pieles, sin mirarla siquiera.

La niña que hasta entonces no se le había ocurrido nunca entrar en la iglesia, se le ocurrió ahora, al ver entrar a un caballero que, después de mirarla, le puso una moneda de diez céntimos en la mano. Al entrar se quedó atónita viendo las figuras de los santos que murieran por la fe del Señor, y dirigiéndose al altar de la Virgen, entonó esta plegaria salida de lo más hondo de su alma:

«Virgen María, acuérdate de esta pobre niña desamparada de todos; haz que no pase más frío, ni hambre; te lo pido de corazón, Virgen María.»

Al decir esto, entornó los ojos y se quedó dormida...

Al despertar, se encontró en una cama blanda y muy bonita, con muchos PINOCHOS a su lado; al principio creyó que era un sueño; pero vió al caballero que le dió la limosna que así le dijo:

—He oído tu súplica a la Virgen, y como yo he perdido una niña de tu edad, ¿quieres quedarte conmigo?

La niña dijo que sí, y fué muy feliz en los días que le quedaron de vida, que fueron muchos; pues murió muy viejecita, querida y venerada por todos.

Queridos lectores, sed siempre muy devotos de la Virgen, y seréis felices como la niña del cuento.

PAQUITO HURTADO.
Once años.—Huelva.

66. C. Sección B.

Micifuz.

Micifuz estaba en todo su apogeo; éste era un estudiante gatuno, y ya se estaba preparando a pasar el gran verano en compañía de su respetable familia, los señores de Pérez-Gatos.

Ya no faltaban más que tres días para salir de veraneo, así es que Micifuz ya se había despedido de sus amigos, y estaba muy ocupado metiendo en la maleta las corbatas de pajarita para los días de fiesta y los lacitos de rosa para diario.

Llegó por fin el día de la partida, y la respetable familia gatuna salió hacia las costas francesas dispuesta a pasar el gran veranito.

Los primeros días Micifuz no lo pasaba muy bien, pues apenas si conocía a nadie; pero en cuanto empezó a trabar amistades, aquello era una delicia; pues no faltaba a ninguna corrida contra ratones y corridas de caballitos de plomo.

¡Pero qué poco le duró aquello al pobre Micifuz! Un día convidaron a éste unos amigos para que fuera al acuario, y esto fué su perdición; pues como le gustaban mucho las sardinas (ya sabemos que son la debilidad de los gatos), y allí las había en gran cantidad, no pudo resistir la tentación, y... ¡zas!, rompió el cristal y cogió una; la que allí se armó, nadie lo sabe; lo cierto es que cuando Micifuz pudo volver en sí, se encontró con las manos atadas y metido en un calabozo muy negro, en donde pagó bien caro su atrevimiento.

CONCHITA ORIA DE LA LASTRA.
Doce años.—Santander.

67. C. Sección B.



Dos amigos de Pinocho.
ASUNCIÓN G. DE LA REVERA.
Trece años.
Talavera de la Reina

550. D. Sección B.



Esperando la llegada de Pinocho.
LUIS PALOMO.
Ocho años. Guadalajara.

551. D. Sección A.



Pepito y su hermanito.
M. C.
Ocho años. Málaga.

552. D. Sección A.



Pidiendo limosna.
A. C.
Córdoba.

553. D. Sección A.



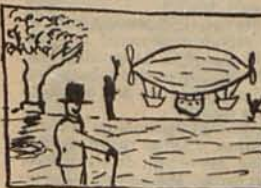
Un caballero.
VÍCTOR FERNÁNDEZ.
Once años.
Soto del Barco.

554. D. Sección B.



Pinocho en su globo.
ANTONIO MUÑOZ.
Trece años.
Málaga.

555. D. Sección B.



D. Crispín compró un zeppelin.

60. H. Sección A.



Y al aire lo echó a volar, por no ver a Madrid más.



La gasolina se gastó, y don Crispín se cayó.



Cayó encima de Mariquilla, y le partió las costillas.

ANGEL CASTAÑEIRA.—Nueve años. Córdoba.



Y está tan alegre don Crispín, porque no le pasó nada al fin.

Las condiciones completas de estos Concursos y sus premios se han publicado en núms. anteriores de PINOCHO.

CIEN PREMIOS ESTUPENDOS

LISTA de los regalos que PINOCHO sorteará entre sus lectores. :-: Las condiciones completas de este sorteo, véanse en el número 38.

- | | | | |
|-----|--|------------|--|
| 1.º | Una colosal bicicleta. | 11. | Un estuche de dibujo. |
| 2.º | Una máquina fotográfica. | 12.º | |
| 3.º | | 13.º | Una pluma estilográfica. |
| 4.º | | 14.º | |
| 5.º | Una preciosa muñeca o un estupendo balón de | 15.º | |
| 6.º | foot-ball. (El Pinochista premiado podrá, a su | 16.º | Una caja de acuarela. |
| 7.º | gusto, elegir el balón o la muñeca.) | 17.º | |
| 8.º | | | |
| 9.º | | | |
| 10. | Un estuche de dibujo. | 18 al 100. | Un lote de libros. Estos 82 premios (del 18 a 100) valdrán, entre todos, por lo menos 500 pesetas. |

SORTEO DE REGALOS DE PINOCHO

NAVIDAD-REYES DE 1925

CUPÓN NÚM. 2

Enviado por el Pinochista Don

de años, y cuyas señas son

CORRESPONDENCIA

Carmen Ramos Guerbós.—Mi queridísima Carmencita: Pirula leyó tu amabilísima carta y quedó maravillada de tu hermosísima letra. También se maravilló, como no podía menos, del contenido, de lo que venía dentro del sobre, de toda tu carta. Me encargó Pirula —y yo cumplo su encargo en este sitio, con muchísimo gusto— te dijese que publicaría tus dibujos, como es tu deseo, a la mayor brevedad posible. Y nada más. Recuerdos a Encarnación, Dolores y Enrique, y para ti un par de abrazos de Don Turulato, besos de Pirula y Currinche, y un apretón de manos mío, apretadísimo.

Manuel E. Cuadros. (Cuzco, Perú).—Cuando este número llegue a tus manos, ya tendrás en tu poder los cuentos que me pedías en tu última. Con ésta llegaron la historietita y las soluciones, y refiriéndome a aquella, a la historietita, te diré que ha causado aquí verdadera y profunda admiración. Es una verdadera maravilla. Mucho me alegraría poder acceder a tus deseos; pero no entra en el plano de mi Revista contribuir al fomento de la filatelia, afición que respeto, aunque no pertenece al cuadro de mis diversiones. Te felicito por tu excelente colección, que supongo valiosísima, y lamento no poder complacerte.

Saluda en mi nombre a todos los Pinochistas peruanos (¡si supieras cómo me apasiona el Perú!), y mándame lo que quieras, que yo sabré publicar tus maravillas.

Alvira Zanini. (Navajas).—He recibido tu magnífico dibujo, y como es tu deseo, lo publicaré a la mayor brevedad. Si éste es tu primer trabajo, como dices, no me cabe la menor duda de que harás cosas maravillosas. ¿Y tu edad? Es lástima que la desconozcamos, pues no debe faltar a cada dibujo que publiquemos, para catalogarlo en una de las dos secciones, los años del autor.

Felisa Fernández de la Puente. (Palencia).—Que tú eres «una Pinochista» entusiasta, como afirmas en la tuya, no me cabe duda, Felisa. Pero así como yo tengo confianza, fé ciega, inquebrantable en tu entusiasmo, del mismo modo tú debes tener también, por tu parte, confianza, fé ciega, inquebrantable, en cómo yo correspondo a aquel entusiasmo tuyo. Esto viene a cuento de tu cuento titulado *La glotonería*, cuento que llegó a mis manos, que leí atentamente, que me gustó y que ahora aguarda, como otros tantos recibidos al mismo tiempo, la hora de salida. Es lógico que la literatura tarde un poco más en salir que los dibujos y chistes ilustrados. Estos, por muy grandes que sean, ocupan poco sitio. En cambio los cuentos, por muy cortos que sean, ocupan el lugar, cuando menos, de cuatro o cinco dibujos. Es lástima que no te fijaras antes en ello para que justificaras de antemano mi tardanza. Pero ya te creo convencida.

Recibe un abrazo de Pirula (¡cómo habla ésta de ti, con cuánto cariño te nombra!) y un apretón de mis manitas de madera.

¡Ah!, saludos de Don Turulato y Currinche.

Miguel Alfonso López. (Madrid).—Ese tu mérito al escribir es un escrupulo de buen escritor que te acredita de antemano ante mis ojos. Estoy seguro de que tu cuento, el que acabas de romper, es una obra de arte. ¡Admirable escrupulo! Eso se llama dignidad y honradez y, en último término, talento.

Mándame lo que quieras. Estoy seguro de que todo lo tuyo es bueno, excelente, Palabra de honor.

Rosario Castaños Tomás. (Córdoba).—Llegaron tus dibujos. Están aguardando turno. ¿Que si me han gustado? Mucho, muchísimo, mi querida amiga.

Francisco Celis. (Villacafías, Toledo).—No puedo publicar tu problema de palabras cruzadas. La numeración está mal, no viene bien, está equivocada. En otra ocasión procura atender bien a este asunto, pues un problema de tales condiciones, es un problema irresoluble.

Manuel Pons Escamilla. (Málaga).—Si tu dibujo llegó en buenas condiciones —a tinta, con su cupón correspondiente— puedes tener segura su publicación, que se realizará, desde luego, conforme le llegue su turno.

Luis Zapata. (Madrid).—Y a propósito de tu chiste, puedo decirte las mismas palabras que dirijo a Manuel Pons, el malagueño. Tu chiste, de llegar con su cupón, aguarda su hora de salida.

«Pinocho» Foot Ball Club, de Buenos Aires.—He recibido vuestra magnífica carta, y conforme en todo con la proposición que en aquella se me hace, accedo gustoso a vuestros deseos. Contad con mi apoyo, con el que puedo prestaros desde mi Revista. Contad, pues, con PINOCHO y con Pinocho. Esa liga pide mi nombre, y yo lo concedo de buena gana, satisfechísimo. En el número próximo de mi semanario lanzaré una proclama para que todos los Pinochistas bonaerenses se unan bajo esa bandera que vosotros despleáis. Conviendría que los capitanes de los equipos se dirigieran a mí, particularmente, enviándome sus direcciones, para que yo pueda estar en contacto continuo con los jugadores de allí. Conviendría asimismo que vosotros, por vuestra parte, me indicárais vuestras señas, y de esta forma, en todas las ocasiones, no escatimaría el apoyo, ni el consejo, ni la observación que puedo facilitaros desde las páginas de PINOCHO. Como comienzo, recibid en el seno de esa liga al muy respetable Pinochista Ángel del Savio (Guannache, 3219, Buenos Aires), quien me pide en su última carta su ingreso en el club que vosotros capitaneáis.

Sirva esta carta como documento incontestable y legal.

José Cerón. (Algeciras).—No comprendo tu problema. La solución que le das no me convence. Seguramente te has equivocado al colocar los números. Sea por lo que fuere, este problema no puede salir. La verdad, no lo entiendo, me vuelve loco, volvería loco también a todos los Pinochistas. Mándame otra cosa.

Enrique Moyano. (Buenos Aires).—Magnífico elefante el tuyo, querido Enrique! ¡Estupendo! Se publicará a la mayor brevedad posible, como tú desasas. Ahora que esto del cupón... no lo olvides nunca.

Ya ves cómo me preocupo del deporte argentino. Llevas razón al proponerme que me ocupe de ello; pero has llegado tarde. Me vengo preocupando de vuestros deportes, como de todo lo vuestro, desde hace muchísimo tiempo.

Encarnación Mateo. (Valladolid).—Tu problema tiene muchísima gracia, es un problema humorístico y, por consiguiente, irresoluble. Tú lo verás así con nosotros y no te disgustarás si dejamos de publicarlo. Envíame otro pasatiempo.

PINOCHO

CUPÓN DE CONCURSOS

DEL NUM. 39

El Pinochista D.

de años, y cuyas señas son

remite un trabajo para el Concurso de (1).

Fecha (Si es suscriptor, poner el número)

(1) Indicar el que sea de los nueve. Leer bien las condiciones; si falta alguna, no vale el envío. Poned en el sobre: EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A. Concursos PINOCHO. Apertado 447. — Madrid.

¿SABÉIS POR QUÉ?

¿POR QUÉ NOS CONSERVA EL CALOR LOS VESTIDOS?

Ahora bajo la persiana de mi balcón: quiero impedir que entre la luz en esta habitación en que me hallo. Ahora vierto agua en esta copa: estoy seguro de que el cristal impedirá el paso del agua, es decir, que ésta se derrame. Y ahora, por último, me pongo mi gabán, tranquilamente: pienso salir a la calle y quiero conservar el calor que tengo en esta estancia. Observo que para estas tres operaciones —impedir que entre la luz que se derrame el agua, que me dé frío al salir a la calle— he empleado procedimientos idénticos. En los tres casos, tan distintos entre sí, he hecho la misma operación, interponer un cuerpo: La persiana, para el paso de la luz; el cristal, para el agua; el gabán, para el frío. Cuando me he puesto el gabán, he conseguido dos cosas a la vez. Primera: que no salga el calor de mi cuerpo —que tanto bien me hace en esta hora—, que no salga, es decir, que no atraviese el gabán, que no se escape. Segunda: he conseguido que el frío del ambiente no llegue a mi cuerpo, esto es, que no pase del ambiente a mi cuerpo, a través del gabán. Me doy cuenta de que el oficio del vestido es idéntico, a su manera, al de la persiana, al del cristal. El vestido no es más que una cosa por la que no puede pasar el calor. El calor propende siempre hacia lugares fríos. Si abro las ventanas de una habitación caldeada, el calor se irá hacia la calle, escapará. El vestido, vuelvo a repetir, impide el paso del calor y del frío. Lo mismo nos ponemos el gabán en invierno, para eludir la baja temperatura, que nos colocamos un sombrero de paja, en verano, para eludir la alta temperatura. De donde vengo a deducir lo siguiente: siempre que deseemos conservar el frío o el calor de una cosa, hemos de interponer un cuerpo entre aquella cosa y el ambiente que la rodea. Así se comprenderá que envolvamos el hielo para que se conserve tal como está, fresquito, frío, como hielo que es, así se comprenderá que lo envolvamos en paños, tal como antes, para conservar mi calor, heube de envolverme en mi abrigo. Parece al pronto que la ropa que ha sabido conservar en nuestro cuerpo el calor, nuestra propia temperatura, debiera prestar calor al hielo y derretirlo. Pero no ocurre así. Claro que existen telas que conservan con más o menos eficacia el calor. Ahí está la franela, por ejemplo. En un día de frío preferiríamos, desde luego, aquel tejido al lienzo, pongo por caso.

Para conservar el calor de ciertos líquidos se han inventado vasijas especiales. El termo viene a ser la más eficaz. El termo es al calor del líquido que contenga, lo que la persiana es a la luz, y más próximo todavía, lo que es el vestido al calor de nuestro cuerpo: un interruptor. Ahora que el termo es, en su terreno, de más eficacia que el vestido. Por muy recio que sea un abrigo, por muy caluroso que sea, o lo que es lo mismo, por muy bien que conserve el calor, siempre tendrá intersticios, agujeritos que, no obstante ser invisibles, dejarán escapar algo del calor de nuestro cuerpo. En cambio el termo es, en este terreno, casi ideal, como queda dicho. Todos conocéis ese compañero inseparable de los excursionistas, que llevan éstos pendiente de una bandolera de cuero. El termo, una clase de tubo herméticamente cerrado, mantiene el líquido que contenga, durante bastante tiempo, a una temperatura igual. No conseguiríamos eso con una botella corriente, por muy bien taponada que estuviera. Pero el termo no es una botella corriente, tiene más complicaciones que una botella, muchas más. Un termo es una botella de paredes dobles, o como dos botellas, una dentro de otra, y entre las cuales queda un hueco en el que no hay nada, ni aire —un hueco en el que se ha hecho el vacío. Este vacío existente entre ambas botellas es la principal condición para que el líquido que vertamos dentro del termo se mantenga durante mucho tiempo a una temperatura igual: si frío, frío; si caliente, caliente. Bastaría que este vacío rodease todo el líquido, para que éste se conservase siempre a una misma temperatura en el termo. No ocurre así, y al cabo de unas horas, aunque muy lentamente, el café que vertimos en el termo comienza a enfriarse. Como hemos de taponar aquel recipiente con un corcho, el calor, que tiende siempre hacia lugares fríos, escapa al fin, aunque con mucha dificultad.

Pero nos hemos distanciado mucho. Hablábamos de los vestidos y hemos pasado al termo. Decíamos que el vestido conserva el calor; que un tejido cualquiera puede conservar así el frío del hielo como el calor de nuestro cuerpo. Y hablábamos de las persianas, que impedian el paso de la luz, y del cristal, que impedía el paso del agua... Creo podremos reconstruir lo que dijimos en un comienzo.

HAZASAS DEL RATON DON ROQUESSO



NO ESTOY CONFORME CON ESO



EL PEZ GRANDE SE COME AL CHICO



DIME CON QUIEN ANDAS Y TE DIRÉ QUIEN ERES



AL PAIS QUE FUERES HAZ LO QUE VIERES



MAS VALE MAÑA QUE FUERZA



EL QUE A LOS SUYOS PARECE HONRA MERECE



SI QUIERES REIRTE Y SER DICHOSO COMPRAS TODAS LAS SEMANAS PINOCHO



SECCIÓN PIRULA

PIRULA, MODISTA

Tres trajes bonitos de color.—Yo no sé si os pasará

lo que a mí, que me encantan los refranes; por lo general, tienen mucha gracia; además, no deja cada uno de tener su miajita de verdad.

Entre otros, me gusta aquel de «agua pasada no corre molino».

¿Que está una enfadada con una amiga? ¿Va una a guardarle rencor? ¡Ni mucho menos! ¿Qué más da lo que hizo o dijo, puesto que ahora se muestra tan cariñosa como si no hubiera pasado nada? ¡A reconciliarse!

«Agua pasada no corre molino».

¿Y aquel otro de «a buen hambre no hay pan duro»?

¡Qué verdad es! Lo recordamos, cada vez que nos sirven a la mesa un plato que no es de nuestro agrado; si fuéramos uno de esos pobres niños, desvalidos y hambrientos, que se ven por la calle, hasta el pan duro nos sabría a bizcocho. ¡Cuánto más, esta excelente muestra de la cocina familiar! Ya que tenemos la dicha de poder satisfacer nuestro

apetito, ¡a comer sin remil-

gos ingratos hacia Dios!

«A buen hambre no hay pan duro».

Pues ¿y aquel refrán que dice: «Al que madruga, Dios le ayuda»?

Ese, me parece a mí que...

Bueno, lo que me parece es que me estoy alejando mucho de estos tra-

jes que aquí veis; sus entonaciones de color me han traído a la memoria aquel refrán que dice: «De gustos y de colores, no hay nada escrito», y de ahí que la emprendiera con los refranes.

Y es cierto que no existen reglas fijas, ni pueden existir tam-

poco, en esto de los colores. Cambian mucho con los tiempos.

Ya veis: hace unos años, cuando vuestros papás eran niños, se estilaban colores muy distintos de los que ahora están en boga, y a buen seguro que a nadie se le hubiera ocurrido ponerle a un niño un traje amarillo y verde.

Y ¡ved lo que son las cosas!

El amarillo puede entonar perfectamente con el verde, con tal de que estén combinados con discreción y mesura, como lo demuestran estos dos modelitos: uno verde, adornado de amarillo, y el otro amarillo, adornado de verde.

□ □ □

En cuanto al tercer modelo, no menos original y gracioso que los anteriores, es de una *toile*, de lana blanca, con anchas listas rosas y azules, que forman grandes cuadros.

Este trajecito lleva un canesú rosa y va entreabierto, por delante, sobre un viso azul.

